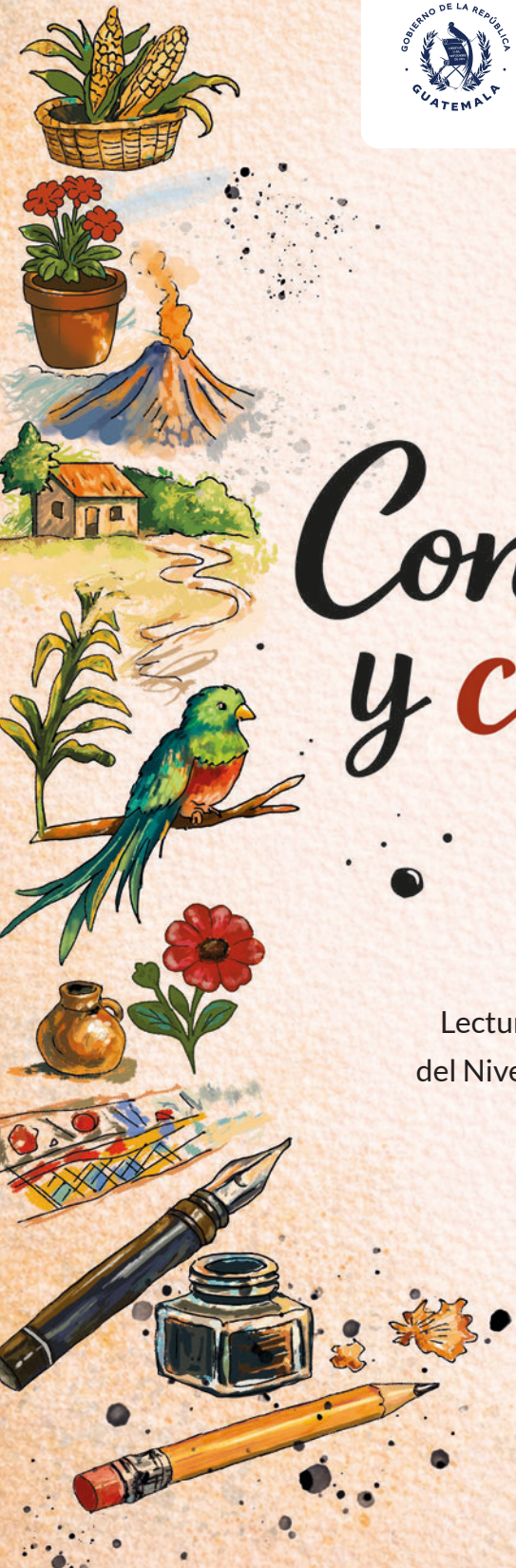
Ministerio de Educación



Con tinta y corazón

Lecturas para estudiantes
del Nivel de Educación Media

Volumen I





Ministerio de Educación

Con tinta y corazón

Lecturas para estudiantes
del Nivel de Educación Media
Volumen I

Ministerio de Educación

Anabella María Giracca Méndez
Ministra de Educación

Francisco Cabrera Romero
Viceministro Técnico de Educación

Donaldo Carias Valenzuela
Viceministro Administrativo de Educación

Romelia Mó Isem
Viceministra de Educación Bilingüe e Intercultural

Carlos Humberto Aldana Mendoza
Viceministro de Educación Extraescolar y Alternativa

DIGEDUCA
Ministerio de Educación
Guatemala, C. A.

Edgar Florencio Montúfar Noriega
Director de Digeduca

Selección y edición de cuentos
Violeta Karina Velásquez Molina

Coordinación editorial, corrección y estilo
María Teresa Marroquín Yurrita de Murga

Diseño, ilustración y diagramación
Sara Mishell Cruz Ortíz

Redacción de cuentos

Maria Amalia Saquic Tzoc
Pedro Francisco Borcel Ajcot
Marta Alicia Chivalván González
César Augusto Luna Ortíz
Pedro Benigno Cholotío Pérez
Lenica Maria Vasquez Cardona de Aguilera
Olga Mercedes de Paz Montalván
Melissa Magdalena Chipel Chic
Fidel Alejandro Quintana Vásquez
Héctor Arnulfo Natareno Urizar
Ana Alicia Mendoza Pérez
Antonia Claudia Azucena Tomás Damián
Avelino Yaxón Bocel
Elder Miguel Humberto Tum Paau
Marta María Batz Socop

El Ministerio de Educación agradece a los docentes que aceptaron la convocatoria y participaron en este proyecto, cuya intención es fomentar el hábito lector en los jóvenes guatemaltecos.

Ministerio de Educación de Guatemala.
Dirección General de Evaluación e Investigación Educativa (Digeduca).
©Digeduca 2025. Todos los derechos reservados.

Si se cita la fuente, se permite la reproducción total o parcial de este documento, sin alterar el contenido ni los créditos de autoría y edición, y su reproducción sea solo con fines educativos. Se prohíbe usar este material, reproducción o traducción comercial.

Este material cuenta con consentimientos informados de los docentes que ceden los derechos patrimoniales al Ministerio de Educación, reconociéndose sus derechos morales como autores intelectuales. El contenido es responsabilidad exclusiva del autor.

Para efectos de auditoría, este material está sujeto a caducidad.
Para citarlo: Ministerio de Educación de Guatemala. (2025). ***Con tinta y corazón.*** (Primera ed., Vol. 1.). Lecturas para estudiantes del Nivel de Educación Media. Disponible en red: http://www.mineduc.gob.gt/digeduca

Impreso en Guatemala.
digeduca@mineduc.gob.gt

Primera edición.
Guatemala, diciembre 2025.

Introducción

Estimados lectores:

Leer es abrir una puerta hacia mundos nuevos, hacia ideas que inspiran y enseñanzas que transforman. Leer es un puente entre el pasado y el futuro. Cuando se lee, la mente se expande, la creatividad brota, la reflexión se asoma y nuevas perspectivas y formas de pensar surgen desde la imaginación y el discernimiento. Sorprendentemente, el mundo se vuelve mucho más amplio.

Este libro nace con un propósito muy especial: acompañar a los jóvenes estudiantes del Nivel de Educación Media que, en tercero básico y en el último año del Ciclo de Educación Diversificada, participan en las evaluaciones TER y Graduandos y cuyos datos estadísticos más recientes han demostrado que, con un poco más de esfuerzo, no solo pueden alcanzar resultados satisfactorios en el área de comprensión lectora, sino que además pueden descubrir que la lectura no es una herramienta aburrida para aprender, sino una fuente de entretenimiento, reflexión y crecimiento personal invaluable.

Y es que fomentar el hábito lector en los jóvenes es una tarea que se debe cultivar diariamente, porque transforma vidas y abre puertas al conocimiento, la creatividad y la identidad cultural. Por ello, ponemos en sus manos el volumen número uno de un libro único: una colección de quince cuentos inéditos escritos por docentes guatemaltecos que generosamente cedieron sus obras para crear este material: ***Con tinta y corazón***. La idea nació de ellos mismos, pues están convencidos de que apostar por la juventud requiere de esfuerzos y estrategias que los motiven; redactar relatos es una de ellas, pues buscan atraerlos, motivarlos con historias que los enganchen y así desarrollen el pensamiento crítico y fortalezcan sus competencias lectoras sensibilizándolos con sus raíces y con los valores que los definen.

Cada relato es una pieza original y creativa que refleja la riqueza de las tradiciones populares de los pueblos guatemaltecos, pero, además, hay historias de aventuras, leyendas, misterio, romance y superación personal, que no solo entretienen, sino también transmiten valores esenciales como la unidad familiar, la convivencia en sociedad y el cuidado del medioambiente.

Invitamos a los jóvenes a que se sumerjan en estas páginas y a los docentes a que lo utilicen en sus clases como una herramienta que despierte la imaginación, promueva la lectura y también la escritura de sus estudiantes al crear obras similares o portafolios de literatura como proyectos grupales.

No olvidemos que juntos podemos hacer que leer sea una experiencia significativa y transformadora.

Leer puede ser nuestra mejor aventura.

GOBIERNO DE LA REPÚBLICA · GUATEMALA ·
Ministerio de **Educación**



Presentación

Queridos estudiantes:

¿Alguna vez has pensado que leer es aburrido? ¡Este libro viene a demostrarte lo contrario! Aquí encontrarás historias que te harán reír, pensar, emocionarte y hasta sentir orgullo por quienes somos. Porque leer no es solo tarea de clase: es descubrir mundos, ideas y aventuras que pueden cambiar tu forma de pensar y ver las cosas.

Este proyecto nació gracias a un grupo de docentes guatemaltecos que, con todo el corazón, escribieron estas páginas para ti. Cada relato fue escrito con dedicación y cariño para dar vida a historias únicas. ¿Por qué lo hicieron? Porque creen en el poder de la palabra y en la capacidad que tiene la lectura para cambiar vidas. Y porque creen en ti, en tu potencial para mejorar día a día y en que un poco más de esfuerzo puede marcar la diferencia para tu futuro. Las quince historias del volumen uno de ***Con tinta y corazón*** desean atraparte con temas que te interesen, inspiren, emocionen y recuerden lo valioso que es cuidar nuestra tierra, nuestras tradiciones y nuestras relaciones con quienes más queremos.

Este libro es para ti, para que descubras que leer puede ser divertido, emocionante y significativo. Es una invitación a reflexionar, a imaginar y a crecer. Porque detrás de cada palabra hay un mensaje que puede marcar la diferencia.

¿Estás listo para comenzar este viaje? ¡Abre la primera página y deja que las historias te hablen!

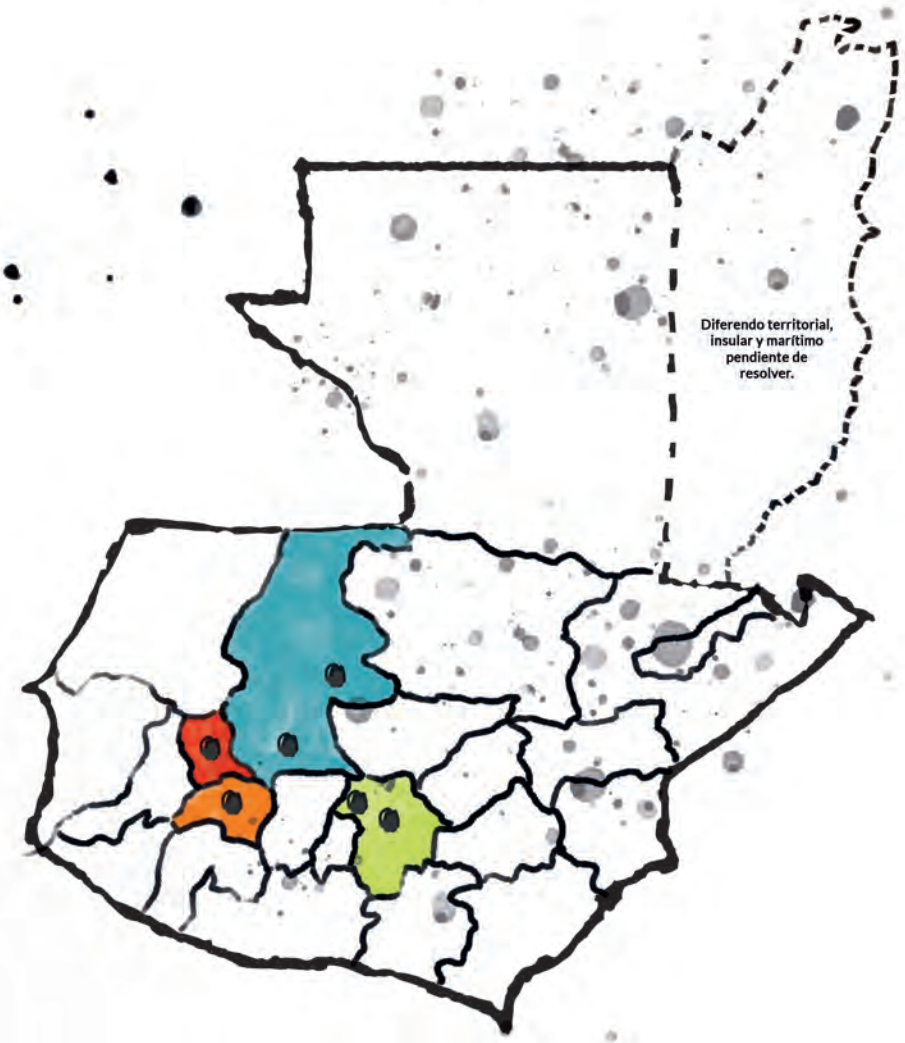
Leer puede ser nuestra mejor aventura.

GOBIERNO DE LA REPÚBLICA · GUATEMALA ·
Ministerio de **Educación**


Los volcanes rodeaban el Pueblo
Leíamos juntos por las tardes
Recuerdo nuestra historia
Guatemala

Índice

Maya y las creencias de sus abuelos 12
El adivino y el sabio 18
El vuelo de El Sueño 26
El sacrificio de una reina 34
Juanita 42
Gary, el niño luchador 46
La niña y la serpiente 50
El joven músico 56
El rescate de la nota perdida 60
El terreno abandonado 66
El lugar de los susurros 72
El Valle de los Sueños 78
El pastoreo 84
El eco de Peña Flor 90
Enamorada del Sombrerón 96


Diferendo territorial, insular y marítimo pendiente de resolver.

Maya y las creencias de sus abuelos

Escrito por Maria Amalia Saquic Tzoc
Escuela Oficial Rural Mixta, cantón Tululché I, Chiché, Quiché



En un pueblo llamado Tululché I había una familia de cuatro integrantes, papá, mamá y dos hermanitas, que vivían en una casa muy colorida, pues tenían muchas plantas ornamentales y medicinales que la adornaban.

Maya era la hija mayor, tenía 10 años, le gustaba ayudar y era muy servicial. Cada vez que surgía una oportunidad, empezaba a compartir sus aprendizajes. Un día se encontró con su amiga Tomasa y, entre juegos y más juegos, no se dieron cuenta de la hora y comenzaron a correr porque iniciaba la noche y debían regresar a sus casas. En el camino había muchos árboles y se escuchó que un pájaro empezó a cantar. Maya le dijo a Tomasa que escuchara con atención, pues ese pájaro les advertía de un problema que podría ocurrir pronto.



Tomasa, carcajeándose, le dijo: —¡Qué dices, Maya! ¿Cómo se te ocurre creer en eso? Sabes, eso es algo gracioso de tu parte; tú siempre dices tantas cosas incoherentes.

—Es verdad, Tomasa —respondió Maya—, debes creer y, como son creencias de mis abuelos, son muy acertadas.

—Está bien —respondió Tomasa— corramos, así no perdemos tiempo en hablar de barbaridades —insistió—.



Transcurrió el tiempo y cada una llegó a su hogar. A Maya la recibió su mamá con una buena taza de chocolate y unos ricos elotes. Empezaron a platicar en la mesa sobre cómo había estado su día y lo ocupadas que estuvieron.

Maya estaba ansiosa por contarle a sus padres que había escuchado al famoso pájaro llamado Xara y que le había advertido a su amiga que ese canto era el aviso de que algún problema podría ocurrirle a cualquiera de las dos, pero que Tomasa ignoró esa advertencia porque no cree en eso.

Cuando se lo contó a sus padres, ellos le dijeron que tuviera cuidado, pues ese pájaro les ha de haber advertido que debían regresar a casa sin esperar a que anocheciera.

—Lo siento mami —dijo Maya—, la próxima vez me apresuraré, es que tuvimos una aventura con Tomasa y fuimos a buscar hongos, pero fallamos en la búsqueda porque no hallamos nada.

Mientras tanto, Tomasa llegó a su casa emocionada gritando: —¡Mamiii, ya vino la alegría de esta casa!—. De pronto, vio a su mamá muy preocupada.

—¿Qué ocurre?, ¿pasó algo?, ¡dígame!

La mamá, respondió: —Hija, lo siento, acaban de atropellar a Honter.

Al escuchar la noticia, Tomasa se puso a llorar desconsolada, mientras la mamá trataba de tranquilizarla. Honter era la mascota de Tomasa; fue un regalo de cumpleaños para que ella tuviera compañía.

—Yo lo vi crecer —expresó Tomasa—, estaba con nosotros desde que era un cachorro, todos los días jugábamos, me siento muy triste. ¡Quiero de vuelta a Honter! —lloraba.

—Mamá, ¿quién le hizo eso a Honter? —preguntó.



—Honter estaba esperando en la puerta de la casa a que entraras, como siempre lo hacía. De pronto, escuchó un ruido y al salir, un conductor no pudo frenar a tiempo su carro e hizo que Honter saliera volando.

Transcurrió el fin de semana. El lunes, Tomasa se encontró con Maya, quien con gran emoción saludó a su amiga, pero vio en su mirada que no estaba nada bien, pues tenía los ojos llorosos y tristes.

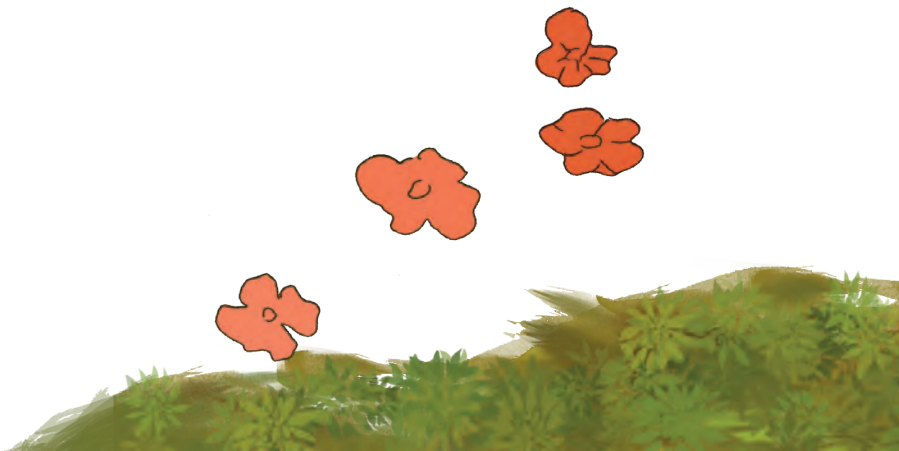
—¿Qué es lo que te pasa?, ¿te duele algo? —preguntó Maya— y Tomasa, al ver a su amiga, comenzó a llorar de nuevo.

—Me siento muy triste —le respondió a Maya entre un mar de llanto—. El viernes atropellaron a Honter y ahora ya no está más conmigo, me duele tanto ya no tener a mi mascota, mi gran compañero.

—Amiga, ¿recuerdas lo que te dije el viernes? —preguntó sorprendida Maya—, que los abuelos tienen mucha sabiduría y no fallan, sus creencias son muy acertadas. El pájaro Xara nos advirtió que a una de nosotras nos ocurriría algo.

—Tienes razón, Maya —dijo Tomasa—. Dime ¿qué debe hacer una persona cuando escucha las advertencias de un Xara?, ¿debo correr para que no ocurra otro accidente de carro?

Maya respondió: —Mira, no debemos correr cuando escuchemos ese canto del Xara porque no siempre dirá que es por algún accidente de carro; puede advertir también sobre alguna pelea, un chisme, una enfermedad. Así que no te asustes, lo mejor es que



si podemos evitar alguna pelea, tratemos de hacerlo, y si alguien quiere hablar mal de otra persona, ignorarla. Tranquila amiga, sé lo difícil que esto es para ti, pues era tu mascota y le tenías mucho cariño. Me duele mucho verte así.

—Maya —dijo Tomasa—, sabes que yo no tengo hermanos como tú y quien jugaba conmigo era Honter. Así que desde ahora llegaré a tu casa por las tardes para que juguemos juntas y nos hagamos compañía. Así también me puedes contar más historias y creencias de tus padres y abuelos. ¡Dime que sí!

—¡Por supuesto que sí, amiga! A partir de hoy, todas las tardes jugaremos para que no te sientas sola y te contaré todas las historias que me sé de memoria y que mis ancestros llenos de sabiduría han compartido conmigo.



El adivino y el sabio

Escrito por Pedro Francisco Borcel Ajcot
Instituto Nacional de Educación Básica, Uspantán, Quiché



Érase una vez una pareja de esposos que eran muy pobres, tanto, que un día tuvieron que pedir dinero prestado al patrón de la finca donde trabajaba la esposa, pues ya no tenían nada para comer.

Cuando llegó la fecha para pagar la deuda, el hombre no tenía trabajo y seguía sin dinero. Con angustia, se sentó con su esposa y le dijo: —Amor, yo me debo ir de la finca para trabajar, ganar dinero y pagar la deuda al finquero.

La esposa, con mucha tristeza, le respondió: —No te vayas de aquí, vamos a salir adelante juntos; si te vas, vas a comer lodo—. Pero el esposo insistió.

—Prepárame comida para el camino porque serán dos días largos —dijo el esposo mientras preparaba su morral.

Tomó su morral, metió en él la comida, se despidió de su esposa y se marchó.



Luego de haber caminado mucho, se sentó a descansar en la orilla de un basurero. Mientras permanecía allí, vio un sombrero tirado. Lo agarró, lo sacudió bien y se lo puso en la cabeza. También vio un bote de pintura y un pincel, los tomó y continuó con su viaje.

Más adelante, encontró un árbol grande a la orilla del camino, tenía unas enormes ramas que hacían buena sombra. El hombre se sentó a descansar debajo de aquel gran árbol, agarró el bote de pintura y lo destapó. Vio que tenía pintura roja. Luego, sacó el pincel de su morral, lo sumergió en la pintura, tomó el sombrero y dibujó unas letras. Él no sabía leer ni escribir, por lo que, sin saber el significado, solo trazó unas letras en el sombrero. Como ya era de noche, juntó fuego, calentó tortillas y cenó. Más tarde, se durmió debajo del árbol.



Al día siguiente, después de una noche de descanso, se levantó, prendió de nuevo el fuego, calentó sus tortillas, desayunó y continuó su viaje hasta llegar a la otra finca.

Cuando estaba ya en el lugar, le preguntó al patrón de esa finca si tenía trabajo que le pudiera dar y que no se preocupara porque él sabía todo. El dueño de la finca lo observó y le dijo que iba a ver, que se sentara y descansara un rato. Pero puso una atención especial en lo que estaba escrito en el sombrero del hombre, pues decía: «Soy el adivino y el sabio». Entonces, le preguntó: —¿Tú sabes todo?

—Sí, sé todo —contestó el hombre.

Entonces, el patrón le pidió que se bañara y cambiara porque en unos momentos lo atendería.

El patrón llamó a su criado favorito, el primer caporal de su finca, y le dijo:

—Hoy vino un hombre a pedir trabajo, él dice que sabe todo y en su sombrero está escrita la frase «Soy el adivino y el sabio», pongámoslo a prueba. Le diremos que tú estás muy grave y queremos saber si él conoce la cura a tu enfermedad. Si realmente es adivino y sabio, nos dirá que solo lo estamos engañando. ¿Estás de acuerdo?

El caporal aceptó, se metió en la cama y cuando ya estaba todo listo, el patrón llamó al hombre adivino y sabio.

—Ven, entra al cuarto —le indicó al sabio— y lo sentó al lado del enfermo.

—Si tú me dices qué es lo que tiene mi trabajador favorito, si su enfermedad todavía tiene cura y me la dices, te daré dos millones de quetzales y dos de mis caballos.

En ese tiempo, no había carreteras ni carros; el único medio de transporte eran los caballos.

El hombre adivino y sabio le contestó al patrón: —Dígame dónde está el dinero y los dos caballos, entonces le diré qué tiene su caporal.

El patrón llamó al segundo caporal para que llevara los caballos, luego le indicó que el dinero estaba en el cuarto de enfrente. Lo sacó y se lo mostró al adivino y sabio.

Al ver el dinero, el hombre se fue a sentar a la orilla de la cama donde estaba acostado el caporal muy bien enchamarrado. Le pidió que sacara su mano para evaluarlo. Luego de revisarla, dijo:

—Patrón, su caporal está muy grave, la enfermedad que tiene ya no se puede curar, solo le quedan pocas horas de vida; al anochecer, morirá.

Al escucharlo, el patrón se rio a carcajadas porque el caporal no estaba enfermo.

—Está bien —agregó el segundo caporal—, pero ¿qué remedio le doy?

—Él ya no tiene cura, le llegó la hora de partir de este mundo.

—Está bien —repitió incrédulo el segundo caporal—, venga conmigo, le daré algo de comer. Y se llevó al hombre adivino y sabio a su casa.

—Este hombre está loco —pensó el dueño de la finca— mi caporal no está enfermo.

Más tarde, con mucha angustia, llegó la esposa del primer caporal a la casa del segundo caporal: —Por favor, ¡ayúdeme! ¡Avísele al patrón que mi esposo está muy enfermo!, —exclamó—. Sin saber qué sucedía, el segundo caporal salió corriendo hacia la casa de su patrón para informarle que el primer caporal estaba muy grave y que agonizaba en su cama.

El patrón salió rápidamente a ver qué sucedía y cuando llegó a la casa de su trabajador favorito, lo vio pálido y agonizante; con palabras entrecortadas le pidió que cuidara a su familia, que no los abandonara porque él partiría muy pronto de este mundo. Y así, con el último de sus suspiros, se despidió de su esposa y falleció, justo al anochecer.

El patrón llamó al adivino y sabio, y le dijo: —¿Cómo sabías que él estaba en sus últimas horas de vida?

—Revisé su pulso y estaba muy débil, nada más, yo solo adiviné lo que pasaría.

El patrón, muy enojado, le respondió que él no estaba enfermo, que solo lo había dicho para probarlo, pues en su sombrero decía que era adivino y sabio.

El hombre se quedó atónito al escuchar las palabras del patrón.

Entonces, el patrón le dio los dos millones de quetzales, los dos caballos y le pidió que se fuera rápido, antes de que se arrepintiera.

El hombre salió de la finca de noche, caminó por un rato y encontró una casa pequeña con un potrero. Allí, amarró a los caballos y decidió descansar un rato. Al amanecer, continuó su camino.

Al día siguiente, el patrón se encontró a su amigo, dueño de otra finca, y le pidió un favor.

—Ve a la orilla del camino, en tus tierras verás a un hombre con dos caballos y un sombrero en su cabeza que, con letras rojas, dice «Soy el adivino y el sabio». Él me ganó dos caballos y dos millones de quetzales, así que ponlo a prueba para que apueste esos caballos y el dinero, porque, gracias a él, mi trabajador favorito está muerto.

—Está bien —le respondió el dueño de la otra finca— y fue a la orilla del camino a esperar al hombre.

Cuando el hombre pasó, el otro patrón lo saludó.

—¿Qué tal amigo?, ¿a dónde vas?

—Voy para mi casa —respondió el hombre.

—Ven, te invito a almorzar —dijo el dueño de la finca.

—Está bien —aceptó el hombre adivino y sabio.

Al llegar a la casa, el patrón de esa finca le pidió que se sentara y descansara mientras que los llamaban para almorzar. Luego, se acercó a su esposa y en secreto le pidió que en un plato pusiera lodo y en otro un pollo asado, que los tapara y que, cuando estuvieran listos, los sirviera.

Este patrón le dijo al hombre: —Si adivinas qué vamos a comer, te doy dos millones de quetzales y mis dos caballos.

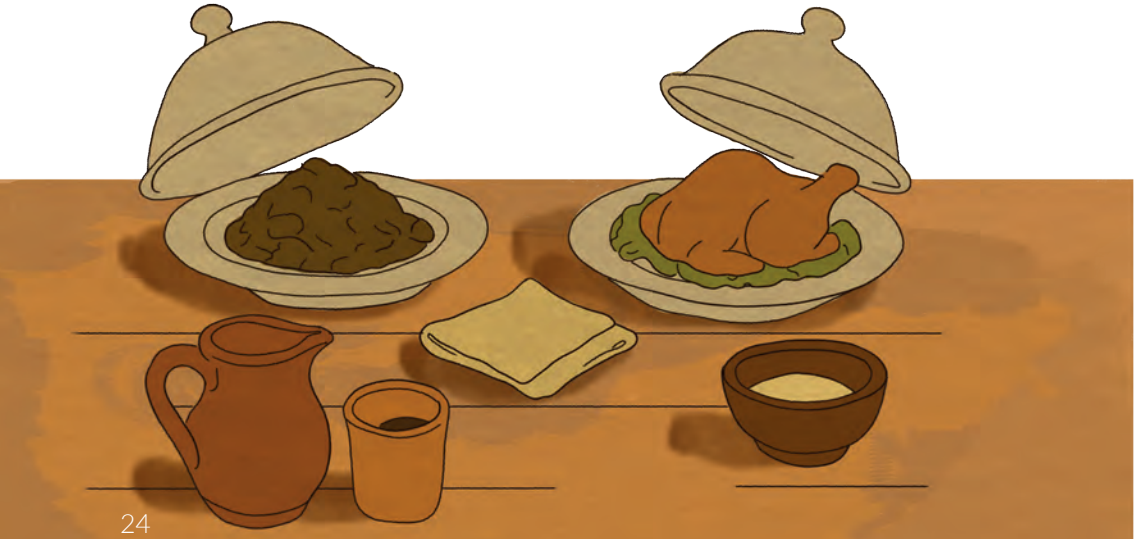
—Está bien —aceptó el adivino—, aquí están mis dos caballos y los dos millones de quetzales que acabo de ganar.

El patrón llamó a su caporal y le pidió que le llevara dos caballos. También le mostró el dinero que tenía para apostar.

—Entonces, pasemos a servirnos —indicó el patrón—. Mi esposa dice que la comida está lista.

El hombre adivino y sabio agregó: —Cuando le dije a mi esposa que me iría de la casa a trabajar, ella me advirtió: «Vas a comer lodo» y eso está a punto de suceder.

El hombre adivino y sabio descubrió los platos y allí estaban el lodo y el pollo. Entonces, sorprendido y enfurecido, el patrón entregó al hombre el dinero y los caballos y le pidió que se desapareciera de su finca.



—¡No puedo creerlo, este hombre es brujo! —exclamó asustado—. Y lo sacó de sus tierras.

El hombre hizo caso y se fue de la finca rumbo a su casa con cuatro caballos y cuatro millones de quetzales. Paró en el mismo lugar donde había recogido el sombrero, lo acarició, lo abrazó y lo lanzó de nuevo hacia la basura. Montó uno de sus caballos y regresó a su hogar.

Cuando su esposa lo vio, pensó que era el finquero a quien le debían dinero.

Mientras se acercaba, el hombre exclamó:

—¡Mujer, la vida nos premió! Ahora somos ricos, ya tenemos mucho dinero y cuatro caballos para transportarnos y trabajar la tierra, todo gracias al sombrero que decía «Soy el adivino y el sabio». Con esto, ya podemos pagarle la deuda al finquero.

La esposa lo vio incrédula. No sabía qué pasaba. —¡Qué locuras dice! —pensó—, ¿de qué sombrero hablas? Seguro comiste lodo y por eso dices tantas tonterías —le dijo sonriente—. Ven, entremos a la casa y mientras descansas un poco, yo te sirvo un rico plato de frijoles y tortillas recién calientitas.



El vuelo de El Sueño

Escrito por Marta Alicia Chivalván González
EORM JM, cantón Tululché I, Chiché, Quiché



En un pequeño pueblo al pie de las colinas, donde los días pasaban tranquilos y las estaciones cambiaban con el ritmo de los campos, vivía una niña llamada Alicia. Tenía nueve años y sus grandes ojos curiosos brillaban con la luz del sol. Para Alicia, el cielo siempre había sido su mayor fascinación. Mientras los otros niños jugaban en el campo o trepaban árboles, ella solía quedarse mirando hacia arriba, soñando con volar entre las nubes.

Su madre solía reír al verla tan entusiasmada y su primo, un niño llamado Isidro, compartía su fascinación. Como ella siempre le contaba historias sobre el cielo y las estrellas, él le enseñó a hacer su primer barrilete. Para Alicia, aquello fue más que un simple juguete, era su puerta al cielo, una pequeña parte de su sueño que podía alcanzar con sus propias manos.

Un día de noviembre, mientras el viento comenzaba a soplar con más fuerza, Alicia decidió que era hora de construir un barrilete especial. No quería uno cualquiera, sino uno que pudiera alcanzar las alturas más inalcanzables. Corrió a casa de su primo, quien vivía en una casita en las afueras del pueblo, rodeada de árboles frutales y campos hermosos.

—Primo, quiero hacer un barrilete que pueda volar tan alto como las estrellas —dijo Alicia, con una determinación que brillaba en sus ojos.

Isidro, con su eterna calma, sonrió.

—Ah, pequeña Alicia. Siempre has tenido la vista puesta en el cielo. Pero para volar tan alto, necesitas algo especial. No solo se trata de la forma o el hilo, sino de la fuerza del corazón.

Alicia lo miró con curiosidad.

—¿La fuerza del corazón? —preguntó Alicia.

—Sí —respondió Isidro, sacando un viejo cajón que había guardado en el rincón de su casa— la verdadera magia de volar no está en el barrilete, sino en lo que le pongas dentro.

Del cajón, Isidro sacó unas varillas ligeras, papel de china de colores brillantes, cuerda y pegamento.

Juntos, comenzaron a construir el barrilete. Alicia eligió los colores con cuidado: un rojo vibrante para el cuerpo, amarillo para las alas que se extenderían como rayos de sol y verde para las largas colas que ondearían en el viento. Su primo le enseñó a amarrar las cuerdas con firmeza y a equilibrar el peso.

Cuando terminaron, Alicia observó su creación con orgullo.

—Lo llamaremos «El Sueño» —dijo Alicia con una sonrisa— porque siempre he soñado con volar.

Al día siguiente, se haría el primer vuelo; el viento soplaría con la fuerza perfecta.



Alicia corrió hacia las colinas con su nuevo barrilete en la mano, sintiendo la emoción burbujear en su interior. Isidro la seguía, caminando a paso lento, pero con la misma ilusión reflejada en sus ojos.

Al llegar a la cima de la colina más alta, Alicia desenrolló el hilo del barrilete y lo sostuvo firmemente. El viento soplaba a su alrededor, revolvía su cabello y la llenaba de energía.

—¡Ahora, Isidro! —gritó Alicia— y con un movimiento rápido, soltó el barrilete.

El Sueño se elevó rápidamente, impulsado por el viento. Alicia comenzó a correr, dejando que el hilo se desenrollara en sus manos mientras el barrilete ascendía más y más. Su corazón latía con fuerza y sus pies apenas tocaban el suelo. Sentía como si ella misma estuviera volando con él.

El barrilete subía más y más, superando las nubes que empezaban a aparecer en el horizonte. Alicia miraba al cielo con asombro, casi sin creer lo que veía.

—¡Mira, Isidro! —gritó emocionada—. ¡Está volando tan alto!

Pero algo extraño comenzó a suceder. El barrilete no solo volaba alto, parecía que algo lo estaba llevando más allá de lo imaginable. La cuerda se tensaba con fuerza y Alicia luchaba por mantener el control.

—¡Alicia, agárrate fuerte! —le advirtió Isidro desde abajo.

Antes de que pudiera reaccionar, el viento sopló aún más fuerte y elevó al barrilete y a Alicia con una fuerza incontrolable. De repente, los pies de Alicia se separaron del suelo y, antes de que pudiera darse cuenta, volaba por el aire agarrada del hilo del barrilete.

Alicia sintió un cosquilleo en su estómago cuando el mundo bajo sus pies comenzó a reducirse. El suelo se alejaba rápidamente y las casas del pueblo se veían como pequeños puntos en la distancia. El viento la rodeaba, pero en lugar de sentir miedo, la invadió una sensación de libertad. Estaba volando, realmente volando.

El barrilete tiraba de ella con suavidad, como si supiera exactamente a dónde llevarla. Las nubes pasaban rápidamente y Alicia, aferrada al hilo, miraba el cielo abierto con asombro. El sol brillaba con intensidad, pero no quemaba; era cálido y acogedor, como un abrazo celestial.

Pronto, algo aún más extraño ocurrió. El aire se llenó de pequeños destellos de luz, como si estrellas fugaces la rodearan. Parecían bailar a su alrededor, iluminando el cielo con un brillo mágico.

—Esto no puede ser real —susurró Alicia, asombrada.

A medida que ascendía, notó una figura que se acercaba entre las nubes. Era una gran águila con plumas doradas que brillaban como fuego, y sus ojos, de un profundo azul, transmitían sabiduría. La majestuosa criatura volaba junto a ella, como si la guiara.

—¿Quién eres? —preguntó Alicia con una suave voz, sin saber si el águila podía escucharla.

El águila no respondió con palabras, pero en su mirada había comprensión. Aleteó suavemente, manteniendo el ritmo con el vuelo de Alicia, mientras ambas cruzaban el cielo hacia un lugar desconocido.

De pronto, las nubes se despejaron y Alicia se encontró frente a algo que nunca hubiese imaginado: un reino flotante. Castillos de cristal se alzaban sobre montañas de nubes y ríos de luz fluían en el cielo. Parecía un lugar sacado de sueños o tal vez, del corazón de una niña que siempre había deseado volar.

El barrilete, que había tirado de ella con tanta fuerza, ahora se movía suavemente, llevándola hacia una gran plaza central. Al aterrizar, el hilo se soltó de sus manos y El Sueño flotó lentamente hacia el suelo, donde se quedó quieto.

Alicia miró a su alrededor. Había seres extraños y maravillosos, como si las estrellas mismas hubiesen cobrado vida. Criaturas hechas de luz y viento, con formas cambiantes y destellos que iluminaban cada rincón del lugar.





Entre ellos, un ser alto y resplandeciente se acercó a ella. Tenía ojos tan profundos como el cielo nocturno y una voz suave como la brisa.

—Bienvenida, Alicia —dijo con una sonrisa—, hemos estado esperando por ti.

Alicia, atónita, dio un paso hacia adelante.

—¿Por mí? —preguntó—, sin saber qué estaba pasando.

El ser asintió.

—Eres una soñadora y los soñadores siempre encuentran su camino aquí. Este es el Reino de las Nubes, un lugar donde los sueños toman vuelo. Cada barrilete que se eleva hacia el cielo está conectado con nuestros vientos, y el tuyo, El Sueño, ha llegado más lejos que ninguno en mucho tiempo.

Alicia, aunque sorprendida, sintió que algo en su corazón cobraba sentido. Siempre había soñado con volar y ahora, por un breve momento, lo estaba viviendo.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó Alicia—, sintiendo que este lugar era un reflejo de todo lo que siempre había deseado.

El ser resplandeciente la miró con ternura.

—Este es un lugar para aquellos que sueñan, pero también para quienes tienen algo que compartir con el mundo de abajo. Aún no es el momento de quedarte, pequeña soñadora. Pero siempre podrás regresar, cada vez que tu barrilete se eleve hacia el cielo.

Alicia asintió y emprendió el vuelo de regreso a casa, feliz y sorprendida por haber vivido este hermoso sueño. Entendió que su aventura no estaba destinada a durar para siempre, pero sí podría volver a vivirla cuando lo deseara, siempre y cuando el viento soplara muy fuerte.

El sacrificio de una reina

Escrito por César Augusto Luna Ortíz
EORM aldea Comunidad de Ruiz, San Juan Sacatepéquez, Guatemala



La única forma de saber si la amaba, era demostrándoselo. Y como la amaba tanto, la distancia no pudo detenerme.

Los primeros días luego de mi llegada a Guatemala, estaba confundido. Haber viajado desde Costa Rica para demostrarle a una mujer que, en realidad, reinaba en mi corazón, fue lo más osado que había hecho en mi vida. Pero cuando un corazón ama, no importan las fronteras que separan los países. Al final, es el amor el que marca el camino y el destino del ser humano.

Sin embargo, las interrogantes brotaban en ese mar de tristeza que me invadía. No podía creer que había tomado una decisión tan radical solo para buscar a Nancy Andrea y decirle que la amaba. Ella desconocía por completo mi viaje. La última vez que hablamos fue cuando se marchó de San José, donde había vivido algunos años por razones de estudio. Aquel día en que nuestras vidas se cruzaron y nos enamoramos, hicimos la promesa de que nuestro amor florecería y alcanzaría la ambrosía de la perfección como pareja. Pero nunca volvió a San José y nunca supe más de ella.

Eso me mortificaba cada día. Me hacían falta sus besos, escuchar su dulce voz y abrazarla con cariño.

Al llegar al aeropuerto La Aurora, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Al principio, no le di importancia; renté un vehículo y, con la dirección en mano, comencé a recorrer caminos desconocidos, saturados de automóviles, lo que me dificultó cruzar la capital guatemalteca. Poco a poco, tomé confianza, dejé carros lentos, camiones cargados y tomé la carretera al Atlántico con rumbo a Estanzuela.

Nancy Andrea era la dueña de mi corazón. Siempre pensaba en ella como una trova de violines en el alma. Esos bonitos ojos mirándome con dulzura, sus labios, como dos rosas matinales destilando el rocío de su corazón, recogían suspiros en un mar de poemas escondidos bajo la luna de sus encantos. La amaba con locura y cada vez comprendía más la exquisita fragancia de nuestro amor, como lluvia azul en el día de nuestro encuentro.

Anhelaba, segundo a segundo, confundirme en la ternura de sus labios hasta contemplar el ocaso azucarado rendido en nuestras almas.

Yo estaba seguro de lo que sentía por ella; por eso vine a reencontrarme con su corazón.

Recordaba cuando Nancy Andrea estudiaba en la universidad. Después de las seis de la tarde, la veía en los jardines frente a la facultad. Ese espacio se convirtió en nuestro sagrado tesoro. Adoraba verla, abrazarla y besarla, con el gozo puro de un espíritu que bebía el elixir del más consagrado manantial del universo. Mientras tanto, el viento acaramelado de septiembre acariciaba nuestros libros y nuestras pieles. Éramos dos almas juveniles descubriendo el amor en el rincón más tierno del corazón.



Pasé varios días intentando comunicarme con ella, pero no respondía. Nunca me contó lo que ocurría con sus padres y su hermana menor, ni la razón de su repentino regreso a Guatemala. Solo me dejó su dirección..., y un absoluto silencio que me dejó consternado.

Recuerdo que, al despedirse de San José, sus ojos de poesía derramaban una constelación de elegías convertidas en lágrimas, como si presintiera una tragedia. Me miró con un rostro lleno de misterio, las manos levemente alzadas sobre el pecho y un adiós evidente en su tristeza. No entendí sus lágrimas y jamás imaginé que sería la última vez que la vería. Solo ella sabía el dolor que la llevó a tomar la cruel decisión de partir sin compartir su angustia conmigo.

Mientras manejaba, observaba las maravillas que embelesan a la gloriosa e inmortal Guatemala, especialmente sus mujeres, con un espíritu de música en perpetuo ascenso al parnaso. Esto lo confirmé en Estanzuela, cuando me detuve en un centro comercial a descansar y comer algo. La sonrisa de las mujeres a mi alrededor me hacía sentir menos nervioso. La calidez de las personas que me saludaban, pese a ser un completo desconocido, me pareció profundamente humana. Quizás veían en mis ojos la esperanza de un milagro o el vacío de una historia inconclusa.

Al terminar de comer, permanecí en silencio. Me distrajo la silueta de una hermosa mujer que se acercaba a mi mesa. Quedé sin palabras cuando me saludó con una placentera sonrisa que me sonrojó.

—¡César, qué hermosa bendición verte por aquí! —dijo, aún sorprendida por mi presencia en Guatemala.

Los nervios azotaron mis palabras, como un barco perdido en el océano del lenguaje. Entonces, recordé que Nancy Andrea me había hablado mucho de su amiga Beatriz, quien había sido reina del pueblo y representante de la belleza zacapaneca. La reconocí, me intimidó su hermosura, pero pronto volví a hablar con normalidad. Le pedí que se sentara conmigo y así lo hizo.

Los recuerdos acudieron como el aroma de un viejo libro. El amor de mi vida estaba cerca, Beatriz era el milagro que me conduciría a los brazos de Nancy Andrea.

Luego de conversar algunos minutos, le pedí que me llevara a la casa de mi amada. El semblante de Beatriz cambió, su sonrisa se apagó de inmediato y una nube gris cubrió su rostro. Un río de lágrimas brotó suavemente de sus ojos, quemando la esperanza de mi corazón. Me abrazó con extraña tristeza y me dijo:

—¡Sígueme, César! —con la voz temblorosa.

Poco después llegamos a la casa de Nancy Andrea. Toqué a la puerta, emocionado, esperando abrazarla con todo mi amor y con la ilusión de sentir sus manos acariciando mi rostro para confesarle que el tiempo y la distancia no habían sido obstáculos. El beso que sellaría nuestro destino estaba en camino; solo necesitaba mirarla.

Una niña abrió la puerta. Beatriz preguntó si estaban sus padres, ella asintió y los llamó. Reconocí de inmediato a los padres de Nancy Andrea, quienes, sorprendidos, me invitaron a pasar.

Me hablaron con cariño de lo mucho que Nancy Andrea me amaba y de la felicidad que sentía a mi lado. También lamentaban que se hubiera marchado de San José sin explicarme nada.



—¿Y dónde está Nancy Andrea? —pregunté, nervioso.

La atmósfera cambió. Un golpe fuerte sacudió mi corazón cuando escuché la frase que congeló mi alma:

—Ella murió. Hace ya algún tiempo.

Mi mundo colapsó.



La pequeña Rosibel me tomó de la mano, mientras mis lágrimas hipnotizadas caían, reflejo de un dolor que me devoraba el pecho. Beatriz me relató con valentía cómo Nancy Andrea sacrificó su vida para salvar a su hermana, quien había sido secuestrada por unos criminales. Ella acordó con esta banda la libertad de Rosibel a cambio de la suya. Y Nancy Andrea nunca volvió con vida.

No pedí más detalles. Solo le rogué a Beatriz que me llevara a su tumba.

Conduje hacia el cementerio con una rosa blanca. Al llegar, la coloqué sobre su sepulcro. Era el símbolo de nuestro amor eterno. Anhelé haber estado con ella en su momento más difícil, pero nunca supe lo que ocurrió. Nancy Andrea sabía que la amaba y por eso me protegió, sacrificándose como una reina para salvar a su princesa.



Lloré largas horas frente a su tumba, hasta que la noche invadió mis lágrimas convertidas en cenizas. Comprendí que ya era tarde para ayudarla, porque el amor de mi vida yacía bajo la tierra por el amor que le tuvo a su familia.

Elevé una plegaria en su nombre mientras llovía. Me despedí de su sepulcro. Una nube gris cubrió mi rostro y sentí que mi vida se terminaba.

Entonces, escuché una voz misteriosa en medio de la lluvia. Pedía auxilio. Al principio me atemoricé. Pero pronto comprendí que era la voz de Nancy Andrea:

—¡César, cuida a Rosibel! ¡Ella es una princesa que los lobos quieren devorar y no descansarán hasta lograrlo!

Suspiré profundamente. Le prometí cuidar y proteger con mi vida a su hermanita.

—¡Te amo! —susurré.

Miré al cielo y una sensación de paz me invadió. Decidí mantener contacto con ellos para estar pendiente del bienestar de su familia, especialmente de Rosibel.

Así comprendí que aún tenía la oportunidad de demostrarle a Nancy Andrea que la amaba con toda mi alma, a pesar de su notable ausencia. Para mí ella vivía ahora en su sacrificio, en su legado, en su compromiso y en mi promesa.



Juanita

Escrito por Pedro Benigno Cholotío Pérez
EORM caserío San Francisco, aldea Los Encuentros, Sololá



Juanita era una niña alegre, platicadora, curiosa y servicial. Vivía en una hermosa casa hecha de adobe y lámina, construida por sus abuelos hacía muchos años. Sus padres conservaban numerosos recuerdos en aquella humilde vivienda. Aunque los vecinos solían preguntarse por qué seguían viviendo allí, si bien podían construir una casa más grande y moderna, la familia no tenía intención de dejarla.

Esa casa persistía a través del tiempo y se había convertido en una especie de reliquia para la comunidad, contrastando entre lo antiguo y lo moderno. A Juanita no le importaban los comentarios, porque ella y sus padres vivían felices y unidos. Cada noche se sentaban junto al fuego a cenar y compartir sus vivencias del día. Siempre había espacio para un buen chiste que provocaba carcajadas.

Doña Juana, su madre y tocaya a la vez, le enseñaba con paciencia los oficios del hogar, tal como ella los había aprendido. Después de la cena, solía poner al fuego una olla de maíz para cocer y, mientras esperaban, conversaban sobre lo que Juanita había aprendido en la escuela. Estaba en sexto grado, su último año de primaria, y tenía muchas inquietudes sobre cómo sería continuar sus estudios en otro nivel.

Un día, doña Juana envió a Juanita al mercado de su pueblo, San Juan La Laguna, junto con su hermana menor, Andrea. Tenían que comprar tomates para preparar un delicioso chirmol, ya que a su papá le gustaba acompañarlo con tamalitos recién cocidos. Juanita vestía su traje típico, un hermoso huipil rojo con el cuello bordado a mano con hilos de colores, un corte negro y una faja roja. Llevaba también una bolsa típica, tejida por su madre, donde guardaría los tomates y otros ingredientes.

Mientras compraban, unos visitantes se acercaron, admirados por su vestimenta. Le preguntaron dónde había comprado aquella bolsa tan bonita. Juanita, con naturalidad, respondió que su mamá las elaboraba. Entusiasmados, los visitantes le pidieron que los llevara con su madre, pues querían comprar algunas.

Al terminar las compras, Juanita y Andrea regresaron a casa acompañadas por los curiosos visitantes, ansiosos por conocer el trabajo de doña Juana. Al llegar, los visitantes quedaron asombrados, ya que en la casa había hilos de todos los colores y doña Juana trabajaba con el telar de cintura. Creaba tejidos hermosos para huipiles, perrajes, camisas, bufandas, bolsas, chalinas, monederos y mucho más.

Doña Juana se sorprendió al ver llegar a tanta gente sin saber el motivo de su visita. Juanita le explicó que estaban interesados en comprar las bolsas típicas. Aunque le faltaba asimilar completamente la situación, doña Juana les mostró su trabajo con orgullo; tenía servilletas, morrales, fajas, cubrecamas, manteles y las codiciadas bolsas. Los visitantes quedaron encantados y compraron varias.

Juanita los invitó a quedarse a almorzar y, aunque había poco tomate, doña Juana no dudó en preparar el tradicional chirmol con huevo en comal y tamalitos en hojas de milpa. Para solucionar el problema del tomate, envió rápidamente a Juanita a casa de María, la vecina, a hacer el trueque de frijol por tomates, pues era una práctica común en el pueblo. Por suerte, María sí tenía tomates, así que Juanita volvió feliz con los ingredientes necesarios.

Mientras su madre cocinaba, Juanita conversaba animadamente con los visitantes. Les hablaba de su pueblo y de sus maravillas naturales, especialmente del lago Atitlán, «el lago más hermoso del mundo», como muchos lo llamaban. Contó que estaba aprendiendo a nadar y que, por las tardes, iba con su papá a la playa. Allí también aprovechaban para pescar. A ella le gustaba buscar gusanos entre las piedras y el lodo para usarlos como carnada. A veces, pescaban bastante, y los asaban en el fuego para la cena. Les explicó también que, en días de viento fuerte, el agua del lago se agitaba y formaba grandes olas, lo cual le daba miedo.

Finalmente, doña Juana sirvió la comida. Los visitantes probaron el chirmol, el huevo en comal y los tamalitos por primera vez. No dejaban de elogiar el sabor. Juanita les contó que su mamá también preparaba tamalitos con frijol, con chipilín y de elote.

Los visitantes escuchaban con atención, cautivados por la calidez y sencillez de la familia.

Después del almuerzo, se despidieron con gratitud por la hospitalidad, la comida y, sobre todo, los relatos de Juanita, una niña simpática y muy sociable. Prometieron volver, deseosos de conocer más sobre las costumbres y tradiciones del pueblo. Juanita les dijo que en su próxima visita les contaría sobre la feria del lugar.

Ese día, don José, el papá de Juanita, llegó tarde a casa tras una larga jornada limpiando su siembra de café en el monte. Se lavó las manos y se sentó a cenar el chirmol que le dejaron. Al ver la carita feliz de su hija, le preguntó a qué se debía tanta alegría. Doña Juana, sonriente, le explicó que recibieron una visita muy especial. Juanita prometió contarle todo más tarde.

Como de costumbre, se sentaron juntos frente al fuego para la cena. Doña Juana sirvió ejotes bañados en pepita molida sobre piedra de moler. Apenas terminaron de comer, Juanita comenzó a narrar su aventura, desde el momento en que conocieron a los visitantes en el mercado hasta el almuerzo compartido en casa.

Don José escuchaba con atención y orgullo. Aquella historia lo emocionó tanto que, al final, propuso abrir una tienda de tejidos típicos para aprovechar el talento de doña Juana. Al oírlo, Juanita se emocionó aún más y dijo que ella se encargaría de vender. Su papá sonrió y respondió:

—Sí puedes vender, hijita, pero primero debes terminar tus estudios. Así tendrás más herramientas para hacerlo bien.

Esa noche, Juanita se acostó llena de ilusión. La idea de tener una tienda y dar a conocer el trabajo de las mujeres de su pueblo la llenaba de entusiasmo. Soñó con mostrar al mundo el arte del telar de cintura, para que esta tradición perdurara por generaciones y el trabajo de las mujeres fuera verdaderamente valorado. Pondría en alto el nombre de su pueblo, llevando sus costumbres y tradiciones a cada rincón donde la vida la transportara, siempre orgullosa de portar el traje típico de su comunidad.

Gary, el niño luchador

Escrito por Lenica Maria Vasquez Cardona de Aguilera
Colegio Cristiano El Camino, Mixco, Guatemala



Gary era un niño que, cuando era bebé, quedó huérfano junto con sus dos hermanitos. Sufrieron mucho al sentirse solos, pero una hermosa tía con un gran corazón los llevó a vivir a su casa. Ella ya tenía una familia numerosa de seis hijos, pero ahora serían nueve. Su esfuerzo por atender a los nueve era evidente. Cocinaba, lavaba ropa, limpiaba la casa. ¡Uf!, era un trabajo increíble y muy cansado.

Gary, a pesar de ser pequeño, empezó a realizar tareas en casa. Ayudaba a su mamá-tía a barrer y a trapear. Sus hermanos, al ver el esfuerzo que él hacía a su corta edad, se avergonzaron y también colaboraron para que su mamá-tía no trabajara tanto y todos tuvieran una casa ordenada y limpia.

Decidieron que cada uno realizaría diferentes tareas: cocinar, lavar ropa, sacudir, barrer, trapear y otras más; de esta manera vivían muy felices. Asistían a la escuela, realizaban sus tareas escolares, las de la casa y, luego, jugaban en el parque.

Los domingos iban a la Iglesia y, a pesar de que algunas veces se peleaban o dejaban de realizar sus tareas, Gary luchaba por mantener la paz en el hogar; hablaba con sus hermanos para que no pelearan y que lucharan por aprovechar los estudios que su mamá-tía les daba. Fueron años de esfuerzo y gran dedicación. De esa manera, Gary ganó su primaria, básicos y bachillerato.

Con el tiempo, mamá-tía envejecía y se sentía cansada. Su familia había crecido, pues ya tenía nietos y ella se sentía muy feliz porque sus hijos conservaban la unión familiar.

Gary pensó en conseguir un empleo y empezó a repartir agua en bicicleta; el trabajo era muy duro y cansado, pues debía transportar muchos tambos de agua para repartir en diferentes comunidades. Lo hacía debajo del ardiente sol o la copiosa lluvia.

Aun así, no se daba por vencido. A pesar de que ganaba dos quetzales por cada tambo que llevaba, Gary ahorró hasta que un día dijo: —Construiré en la casita que mis padres nos dejaron antes de morir— y logró su meta.

Se inscribió en la universidad y empezó a estudiar para ser abogado, que era su sueño. Ahora ya trabajaba en una oficina y junto a un hermano continuaban repartiendo el agua envasada.

Un día, pensaron que con sus ahorros podrían abrir su propia purificadora de agua, y con mucho esfuerzo ¡lo lograron!

Gary, ahora un joven con un futuro prometedor, avanzó en su propio emprendimiento y demostró que, con mucha perseverancia, esfuerzo y constancia, es posible lograr los sueños que se proponen.

Día a día se esforzaba por avanzar en sus estudios de abogado y trabajar en su purificadora. Le gustaba sacar a su mamá-tía a comer y comprarle un detalle especial los domingos, que era su día libre, pues ella siempre lo animaba a no rendirse. Ahora, tenía muchos sobrinos porque sus hermanos ya se habían casado.

El esfuerzo que Gary hacía cada día fue premiado, pues un personaje importante de la comunidad lo propuso para que fuera catedrático de un instituto de nivel medio donde impartía clases a jóvenes que estaban próximos a terminar sus carreras. Él siempre los animó a no rendirse, pese a que muchos de ellos vivían en hogares desintegrados y comunidades rodeadas de conflictos; Gary los inspiraba a seguir sin desmayar.

A Gary le gustaba mucho sembrar plantas, en su casa tenía muchas macetas y un lugar muy lindo donde las cuidaba. Un día, mientras cuidaba las plantitas que tenía cerca de su ventana, pasó una linda chica que lo flechó de inmediato. Él la conocía desde que eran niños, pero nunca había apreciado lo hermosa que ahora estaba. Parecía como si fuese ¡amor a primera vista!

Con nerviosismo decidió hablarle y regalarle un hermoso rosal, de esos que tenía en su jardín. A ella le encantó y, desde ese día, fueron muy buenos amigos, hasta que, con el tiempo, Gary le preguntó si quería ser su novia y ella respondió con un maravilloso sí para él.

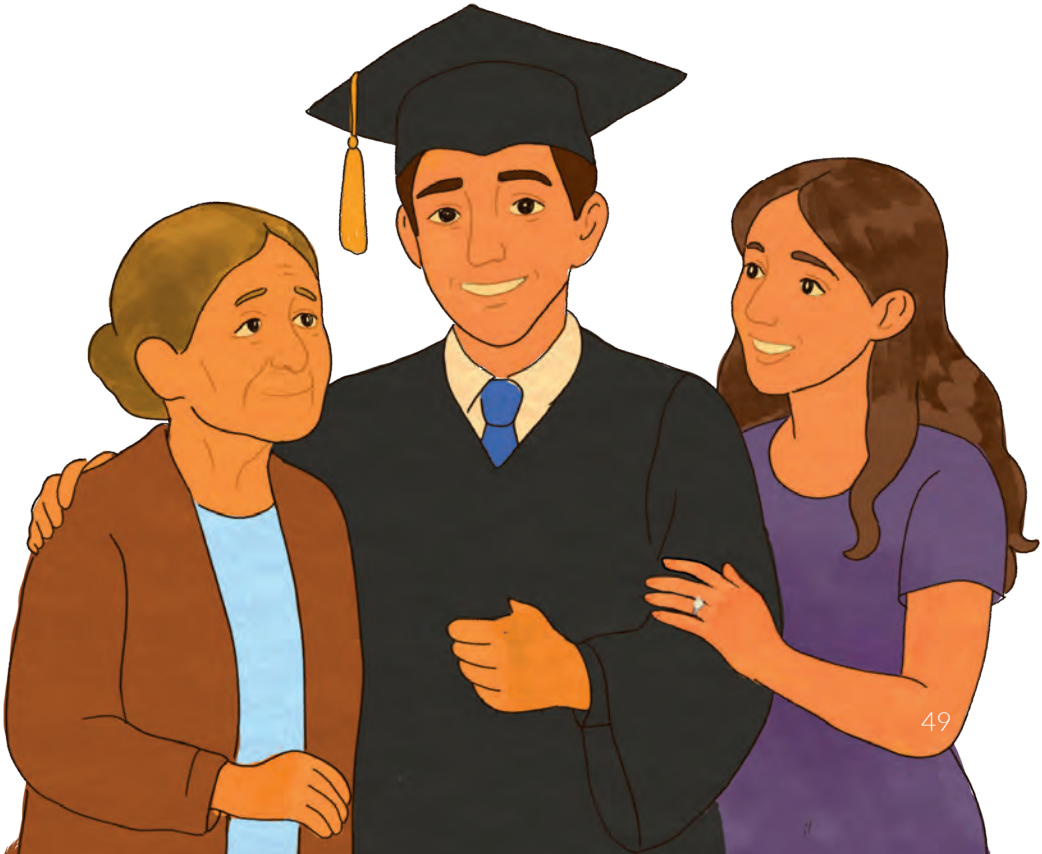
Gary disfruta de su vida, pues, a pesar de los sufrimientos y limitaciones que tuvo que enfrentar, ahora sus esfuerzos dan lindos frutos.

Un día lleno de sol y de alegría, Gary se levantó con una gran emoción en su corazón porque había decidido pedirle matrimonio a su novia. Así que, muy nervioso, preparó una cita muy especial.

El día de la cita le llevó un hermoso ramo de rosas, le hizo la petición y ella respondió que sí. El corazón de Gary saltó de emoción porque muy pronto se casaría y formaría una bella familia.

Las esperanzas de un futuro brillante para Gary y su prometida crecieron cada día. Se graduó de abogado y se casó; de esta forma demostró que los retos de la vida nos empujan para vencerlos, poder brillar y ser luz en donde quiera que vayamos.

¡No importa cómo pudo haber sido nuestro inicio, siempre hay un futuro con mayor esperanza para quien toma la decisión con determinación de decir sí!



La niña y la serpiente

Escrito por Olga Mercedes de Paz Montalván
Instituto Nacional de Educación Diversificada (INED),
Villas del Río, Amatitlán, Guatemala



En el municipio de Amatitlán, un ambiente de preocupación inundaba a la población y es que, desde hacía unos meses, una serie de retumbos sacudían al municipio. Cada día se vivía con la expectación de qué tan fuerte sería el sacudón. Sin hora específica, es algo que sucedía diariamente, sin falta.

Las autoridades religiosas y municipales se reunían todos los días, para saber qué hacer y cómo mantener la calma de los habitantes. El sacerdote había suspendido las misas hasta nuevo aviso porque la estructura de la iglesia se estaba cayendo y no quería que algún accidente enlutara el lugar.

El alcalde y sus concejales ya habían habilitado albergues para aquellas familias que vivieran en áreas vulnerables, pero la realidad era que no había hogar, edificio ni escuela segura en el municipio. Nadie entendía el porqué de los temblores. No era porque las placas tectónicas se movieran, tampoco por erupciones del volcán cercano, pues ya se habían hecho las investigaciones pertinentes y nada de ello era la causa. Los pobladores vivían con miedo y solo rezaban para que un terremoto no fuera a destruir al municipio.

La única persona que no tenía miedo era Maya, una pequeña de apenas ocho años, de origen poqomam. Ella era más susceptible al mundo espiritual y a mantener comunicación con sus ancestros, así como su abuela, doña Alejandrina, la guía espiritual de su familia. Doña Alejandrina ya se había percatado de que su nieta tenía un don especial. Desde antes de que ella naciera, los ancestros le habían dicho que estaba próxima a llegar a la tierra la nueva generación que ayudaría a mantener viva la historia y las tradiciones de la familia.

La pequeña era capaz de ver lo que se mantenía oculto a los ojos de los demás. A veces, los padres se preocupaban al ver que su hija hablaba o jugaba sola, pero la sabia abuela les recordaba que Maya había sido escogida por los ancestros desde que estaba en el vientre de su madre para ser la siguiente guía espiritual de la comunidad.

Con cantos, rezos y versos, doña Alejandrina había empezado a enseñarle a su nieta, desde temprana edad, la importancia de su descendencia y a transmitirle las tradiciones que rodeaban a su pueblo. Los adultos de su comunidad se sorprendían con todo lo que la pequeña de ocho años sabía hacer y se preguntaban si quizás los ancestros ya le habían dicho las razones de los retumbos en el municipio.

La verdad es que a los espíritus ancestrales no les gustaba molestar a Maya. De vez en cuando se atrevían a acercarse para contarle historias que ella disfrutaba, especialmente la de la gran serpiente que dormía en las profundidades del lago de Amatitlán.

Desde el inicio de los temblores, Maya sabía que no tenía de qué preocuparse. Antes de que iniciara alguna sacudida, el viento le hablaba y le susurraba que todo estaría bien, que la respuesta estaba en el agua, pero la pequeña no terminaba de comprender esa frase.

Siempre que la escuchaba se acercaba a la pila, a los charcos, incluso salía a mojarse al patio cuando llovía, pero el agua no le decía nada.

Un día, Maya acompañó a sus hermanos y primos a buscar piedritas a la orilla del malecón, mientras que el resto de su familia los miraban desde lejos. Justo en ese momento tembló y el viento le habló a la pequeña; durante el movimiento, ella dirigió su vista directamente al lago.

Con sus ojos abiertos como platos, se maravilló al ver que el agua brillaba con gran intensidad y, a lo lejos, unos ojos la observaron fijamente por unos instantes antes de que volvieran a perderse en las profundidades del lago.

Doña Alejandrina posó su mano sobre el hombro de su nieta para que saliera de su asombro y, con voz suave, le dijo que la soledad podía llegar a ser un monstruo muy peligroso. La pequeña sintió una corazonada al escuchar esas palabras y no pudo evitar pensar que ya conocía los ojos que había visto en las profundidades del agua.

A la mañana siguiente, Maya se levantó antes que todos los miembros de su familia, se puso su huipil, su corte y sus caites favoritos. Con mucha decisión, salió de su casa y se dirigió al lago.

Al llegar a la orilla, la pequeña niña se sentó y esperó por mucho tiempo. Practicó cantos y oraciones que su abuela le había enseñado para diferentes rituales y cuando estaba a punto de terminar la última oración, el viento le habló. En ese instante, ocurrió otro temblor, ella se agachó para protegerse, pero no apartó la vista del lago.

Mientras la tierra temblaba, el lago se iluminaba. Las pequeñas piedras debajo de sus pies se movían, había algo más que se desplazaba de forma reptante en el agua, de un lado a otro como zigzag, hasta llegar cerca de Maya. La pequeña se levantó y con mucha seguridad vio directamente a esos enormes ojos amarillentos que otra vez la observaban desde lejos.

Un profundo silencio las envolvió. Por un largo rato solo estuvieron observándose y reconociéndose, hasta que los ojos decidieron salir totalmente del agua para revelar a una enorme serpiente. Era la misma que Maya había escuchado en leyendas y había visto en sueños.

Maya no mostró miedo; su abuela le había enseñado que, ante los espíritus, lo mejor era mostrar respeto. Mientras tanto, el enorme ser no se explicaba cómo una niña de tan corta edad se mostraba tan valiente ante un espíritu como él.

La pequeña decidió romper el silencio, saludó con respeto a la serpiente y empezó a cuestionarla. Ella quería saber por qué estaba haciendo tanto daño al municipio. Le comentó que todos vivían con miedo y que no querían quedarse sin hogar.

La serpiente, con calma y gran pesar, le respondió a Maya.

Ante todo, le dijo que le molestaba que sus habitantes dañaran el lago y sus alrededores. Ellos se quejaban de todo lo que sucedía en el municipio, pero no hacían nada para evitar la destrucción que ellos provocaban.

Basura, químicos y exterminio de flora y fauna quitaron la bella vista que alguna vez tuvo el lago. Por eso, la serpiente intuyó que, si los pobladores de Amatitlán no querían al municipio, entonces lo mejor sería destruirlo definitivamente.

Por unos instantes Maya pensó su respuesta, recordó que su abuela le había dicho que lo que nunca debía morir era la esperanza. Así que la pequeña se acercó a la serpiente, posó su diminuta mano sobre el imponente reptil y le dijo que ella, junto a su familia, iniciarían el cambio que necesitaba el municipio y que harían todo lo necesario para mejorar al lago y sus alrededores.

La serpiente decidió creerle a la pequeña y le dijo que estaría al tanto de todo lo que sucediera en Amatitlán. Le hizo prometer a Maya que fuera a visitarla cada cierto tiempo, para que así le comunicara los cambios que los habitantes realizarían y que ella le creería hasta que el estado del lago comenzara a cambiar.

Maya aceptó la condición de la gran serpiente, no solo para que el municipio dejara de estar en peligro, sino porque también sabía que el gran reptil ya no quería continuar solo.

A partir de ese día los temblores cesaron y poco a poco, con ayuda de Maya y su familia, los lugareños decidieron que era momento de empezar a mejorar el medioambiente.

En las calles, los pobladores cuentan que, desde que el lago mostró una mejora, la gran serpiente les regala un brillo durante las tardes, recordándoles que mientras cuiden lo que se les ha brindado, todo a su alrededor estará bien. Cada mes la comunidad observa agradecida a Maya, sentada a la orilla del lago de Amatitlán.



El joven músico

Escrito por Melissa Magdalena Chipel Chic
Instituto Nacional de Educación Básica, INEB Central,
Uspantán, Quiché



Había una vez un niño llamado Erik a quien le fascinaba la música desde muy pequeño. Le encantaba escuchar canciones en una vieja radio que había en su casa; cada melodía despertaba en él una emoción difícil de describir. Sin embargo, a sus padres no les gustaba que su hijo se interesara tanto por la música, pues ellos no compartían ese gusto ni lo veían como algo importante para el futuro.

Pero a Erik no le importaban sus opiniones. Desde que su abuelo le dijo: «Sigue tus sueños y no dejes que nadie te desanime», esas palabras se convirtieron en su guía.

Con tan solo siete años, Erik empezó a visitar una plaza cercana a su casa. Sus padres trabajaban todo el día para que no faltara comida en el hogar y por eso pasaba mucho tiempo solo. Aunque deseaba ayudar en casa, sabía que era demasiado pequeño para conseguir un trabajo formal. Un día, mientras pensaba en cómo contribuir, se le ocurrió una idea.

—Papá, mamá —dijo con entusiasmo—, quiero ir a la plaza a lustrar zapatos. Así puedo ganar unas monedas para ayudar.

Sus padres, conmovidos por su iniciativa, aceptaron. Le compraron los utensilios necesarios y, desde entonces, Erik se instalaba cada tarde después de la escuela en la plaza con su cajón de lustrar. Pero había algo más que lo motivaba, quería ver de cerca a los músicos callejeros que solían presentarse allí; los imaginaba con sus trajes elegantes y guitarras relucientes.

Un día, mientras lustraba, llegaron unos músicos vestidos con trajes llamativos. Erik los miraba embelesado, imaginando cómo se vería él siendo uno de ellos. Los músicos, al notar su mirada curiosa, lo llamaron.

—Niño, ¿qué haces aquí tan solo? —le preguntó uno de ellos con amabilidad.

—Vengo a lustrar zapatos... Pero también a ver a los músicos. Algún día me encantaría ser músico, como ustedes. —Erik bajó la mirada—. Pero no tengo dinero y mis padres no me apoyan.

Los músicos, conmovidos, le preguntaron qué instrumento le gustaría tocar. Sin dudarlo, Erik respondió:

—¡La guitarra! Es un instrumento hermoso.

Uno de los músicos le explicó que no sería fácil aprender, que tomaría años dominarla, pero que veían en él una pasión real. Así que le ofrecieron enseñarle.

—Si de verdad quieres aprender, nosotros te ayudaremos.

Esa tarde, Erik corrió a contarle todo a su abuelo. Aún no quería decírselo a sus padres.

—¡Abuelo, me van a enseñar a tocar la guitarra! —exclamó con los ojos brillantes.

Su abuelo lo miró con ternura y preocupación.

—Hijo, ten cuidado. Hay personas malas en el mundo, pero si estos músicos son de confianza, adelante. Me alegra saber que vas tras tus sueños. Lucha por ellos y si llego a vivir lo suficiente, me encantaría escuchar una canción tuya.

Erik lo abrazó con fuerza.

—Te lo prometo, abuelo. Haré una canción solo para ti y nunca olvidaré todo lo que vivimos juntos.

Desde entonces, cada tarde, Erik se dirigía a la plaza no solo a trabajar, sino a aprender. Los músicos le enseñaron con paciencia y él aprendía cada nota, cada acorde, como si fuera magia. Pasaron los meses y su progreso fue sorprendente.

—Niño, ya sabes más de lo que imaginamos —le dijo uno de los músicos—. Ya no tenemos mucho más que enseñarte. Has aprendido con el corazón.

Erik, emocionado, les dio las gracias. Y ellos, conmovidos, le entregaron una guitarra.

—Sabemos que no puedes comprar una, así que esta es para ti. Pero no nos agradezcas a nosotros, dale gracias a Dios, que te dio el talento y la pasión.

Con lágrimas en los ojos, Erik prometió seguir practicando.

Corrió a casa, guitarra en mano, directo a los brazos de su abuelo.

—¡Mira, abuelo! ¡Me la regalaron! ¡Ya sé tocar!

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —dijo su abuelo con voz temblorosa—. Nunca dejes de soñar.

Los años pasaron y Erik siguió practicando con dedicación. A los quince años, sufrió la pérdida de su abuelo. Ese día, recordó la promesa que le había hecho y, con el corazón roto, compuso una canción para él. Una melodía llena de recuerdos, amor y gratitud.

Cuando sus padres escucharon esa canción, se les llenaron los ojos de lágrimas. Por primera vez entendieron la profundidad del talento de su hijo y todo lo que la música significaba para él. Desde ese momento, lo apoyaron incondicionalmente.

Erik comenzó a tocar en una montaña cercana, donde el viento y los pájaros parecían acompañarlo. Las personas que lo escuchaban quedaban maravilladas y pronto lo apodaron «El joven músico».

Con el tiempo, Erik se convirtió en un gran artista, pero jamás olvidó sus orígenes ni a las personas que lo ayudaron. Su historia inspiró a muchos niños a no rendirse, a luchar por sus sueños, sin importar lo difícil que pareciera el camino.

Al final de cada concierto, Erik compartía un mensaje que se convirtió en su legado:

«Nunca abandones tus sueños. No importa tu edad ni tu situación económica. Lucha, sigue adelante y no dejes que las personas malas te hagan caer. Si tropiezas, levántate. Cree en ti, ten fe en Dios y valora cada segundo de tu vida. El tiempo no regresa, pero el presente es tu mejor oportunidad para construir el futuro que deseas».

El rescate de la nota perdida

Escrito por Fidel Alejandro Quintana Vásquez
Guatemala, Guatemala



Max es un adorable capibara, inteligente, que vive una vida tranquila en su casa. Pasa sus días nadando, jugando con su pelota y disfrutando del sol. Sin embargo, siente que su vida necesita un propósito.

Un día, Max se entera de una noticia emocionante, un grupo de personas altamente especializadas han sido contratadas para recuperar una nota musical de una famosa canción que se ha perdido. La nota se encuentra en un edificio de alto resguardo y la única forma de ingresar es disfrazándose de personas comunes y corrientes. Max, a pesar de su apatía, siente un impulso inusual de unirse a este equipo.

Comienza la búsqueda para incorporarse al grupo y llega a una cafetería local donde se encuentra con Beatriz, la dueña de la canción, quien está desesperada por encontrar la nota perdida y está dispuesta a pagar una recompensa generosa a quien la encuentre.



—¡Por favor, tienes que ayudarme a encontrar esa nota! —le dice Beatriz—, es la última pieza que necesito para mi canción.

Max, a regañadientes, acepta el trabajo. Se une al equipo, formando así un grupo inusual junto a los demás miembros.

El equipo de especialistas se prepara y todos se disfrazan de personas comunes y corrientes para infiltrarse en el edificio de alto resguardo. Utilizan su ingenio y conocimientos musicales para esquivar obstáculos y llegar al lugar donde se encuentra la nota perdida.

Dentro del edificio, el equipo se separa y enfrenta varios eventos. Algunos, deben unir esfuerzos para derribar obstáculos juntos, mientras que otros son retos individuales que ponen a prueba sus habilidades únicas.

De pronto surge un evento grupal en el que deben improvisar una actuación musical en el vestíbulo del edificio para distraer a los guardias de seguridad; mientras tanto, Max se acerca a la ubicación de la nota perdida.

Al lograr avanzar por el edificio, otro de los miembros del equipo se encuentra con un empleado del lugar que ama a los capibaras. Entonces llama a Max, quien utiliza su carisma para ganarse su confianza y obtener información valiosa sobre la ubicación de la nota.

Finalmente, el equipo se reúne en el estudio de grabación donde creen que se encuentra la nota perdida. En medio de una búsqueda emocionante, logran encontrarla y llevarla consigo sin ser detectados hasta que aparecen los guardias del edificio que, dotados de la máxima inteligencia y gran musculatura, dan con el paradero de quien se llevó la nota y lo persiguen por todo el lugar.

El equipo necesita llegar al escenario donde Beatriz interpretará su canción con la nota recuperada. La audiencia está ansiosa por escuchar la canción completa, por lo que la tensión aumenta, pero no logran salir del edificio.

Llega el momento de realizar una de las primeras escapadas de máxima tensión, el escapista Max arranca a toda velocidad y tropieza con un bailarín, este incidente lo salva de que lo atrapen. Luego, sigue corriendo por el pasillo; al final, alguien lo espera con una moneda y se la da. Aunque Max estaba sorprendido por lo que acababa de suceder, continúa corriendo para encontrar la salida. Ve unas gradas afuera del lugar que se dirigen hacia el techo del edificio, entonces decide subirlas. ¡Oh! Justo cuando va por el segundo nivel, observa a unos guardias acercándose hacia él.

¡Max no sabe qué hacer! ¡Los guardias lo atraparán! La moneda que llevaba se le cae y, por accidente, se desliza sobre ella y cae por las gradas. Ese resbalón lo salva de que lo atrapen. Entonces, Max vuelve a subir las gradas para continuar con su escape.





Las hazañas para Max no desaparecen. El equipo sigue huyendo y de pronto se encuentra solo, el resto del grupo logra escapar, pues, van disfrazados y logran persuadir a los guardias. Solo su amiga Raquel sigue corriendo con gran aflicción. De repente, Max encuentra una oportunidad para que ella escape por una ventana, pero no puede acompañarla para no arriesgarla más. Max recuerda que él siempre ha sido tal cual es, un capibara, y eso le da una gran ventaja. Él sabe que puede escapar por la tubería de la lavandería. Toma un adorno de la pared, una antigua espada de plata y la lanza por la tubería para verificar su buen funcionamiento. La espada cae hasta el fondo. Se asegura de que nadie lo vea, toma impulso, brinca hacia la tubería y ¡lo logra! ¡Max escapa del edificio!

Max se dio cuenta de que ser único y original siempre le ha dado muchas oportunidades. Esta vez, logró pensar y encontrar las mejores soluciones en los momentos en que más lo necesitaba.

Beatriz comienza a cantar y, cuando llega el momento crucial, el equipo entrega la nota musical, justo a tiempo. La canción se completa y la audiencia estalla en aplausos.

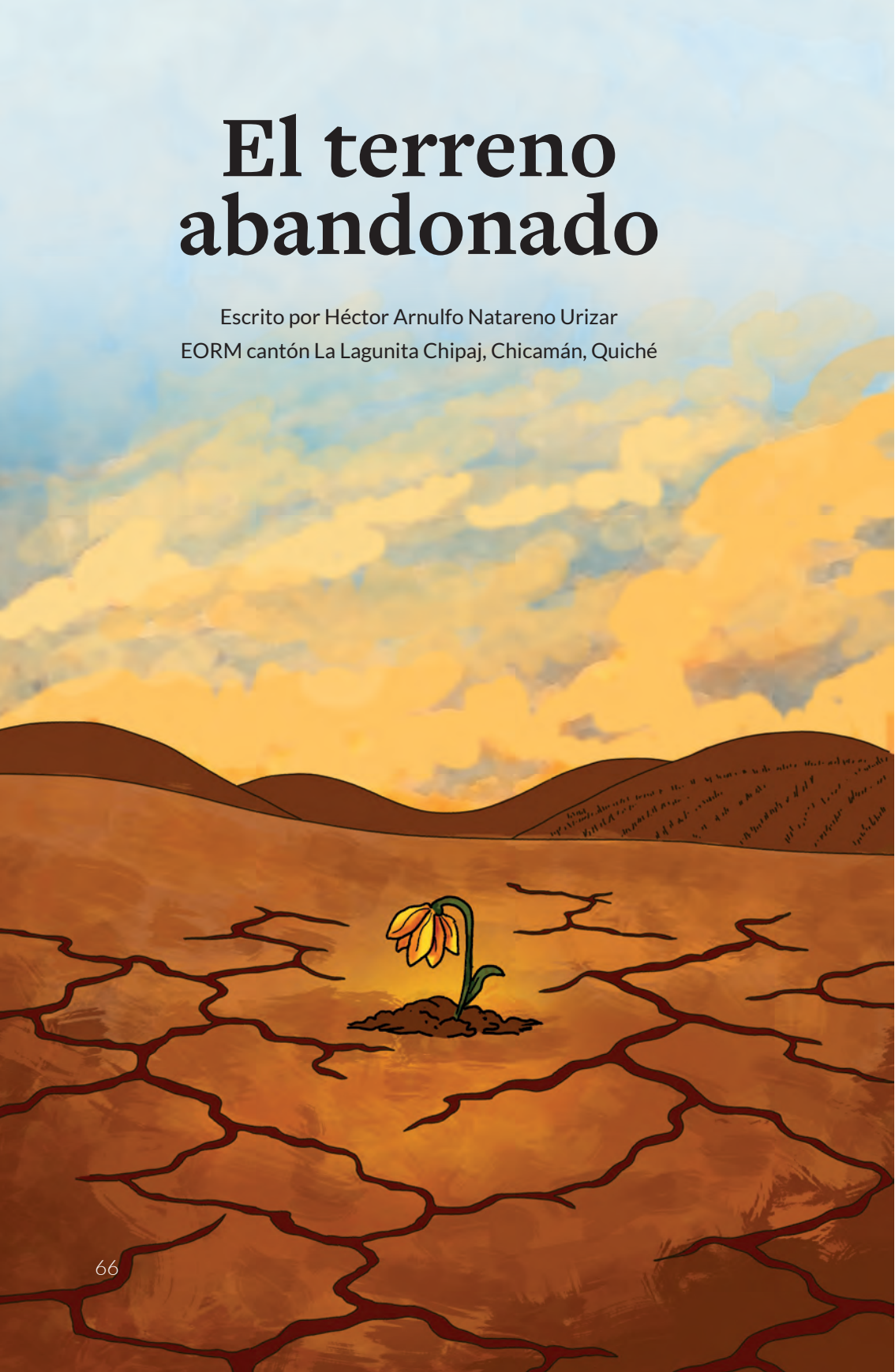
Después del concierto, el equipo celebra su gran éxito. Habían recuperado la nota perdida y ayudaron a Beatriz a completar la canción. Juntos, aprendieron que a veces las cosas más inesperadas pueden cambiar nuestras vidas de forma sorprendente.

Max regresó feliz a su casa a descansar; sabía que había encontrado un nuevo propósito en su vida, al aprovechar sus capacidades e instintos naturales.



El terreno abandonado

Escrito por Héctor Arnulfo Natareno Urizar
EORM cantón La Lagunita Chipaj, Chicamán, Quiché



Había una vez un terreno que estaba muy abandonado. Cada vez que llegaba la temporada de cultivo, nadie se acercaba a él. El terreno se sentía muy triste, mientras que los otros terrenos a su alrededor florecían, llenos de vida, con sus dueños sembrando cosechas abundantes. Este terreno, solitario y olvidado, no tenía dueño ni brotes de hierba; por eso ningún animal se acercaba a él en busca de alimento. La tristeza del terreno era profunda, pues pasaron meses y años sin que nadie se acordara de él.

Sin embargo, un día, un pequeño rayo de esperanza surgió: una mata de flores, pequeña y frágil, logró brotar en medio de la tierra árida. La flor era de un amarillo brillante y su fragancia dulce, pero a pesar de su belleza, no pudo prosperar por mucho tiempo. El terreno seguía seco, desolado y la flor se marchitaba cada día un poco más. El tiempo pasaba y parecía arrastrar la esperanza de que algún día alguien llegara para cuidarlo.

Pasaron varios años, hasta que un anciano llamado Elías llegó al terreno. Con manos arrugadas y un corazón lleno de amor por la naturaleza, decidió que era hora de devolverle la vida al lugar. Se arrodilló, comenzó a cavar y con cada movimiento de su pala parecía que el terreno empezaba a cobrar vida. Regó las semillas que había traído consigo y, poco a poco, la tierra comenzó a nutrirse de nuevo.



Don Elías no solo trabajaba en la tierra, sino que también hablaba con ella. Le contaba historias sobre su vida, sobre cómo había cultivado otros terrenos en su juventud. El anciano creía firmemente que la tierra tenía un alma y que podía sentir el amor que se le daba. Así, el terreno empezó a responder a su cariño: las flores florecieron y los cultivos de frijoles y maíz comenzaron a crecer, llenando el lugar de color y esperanza.

El terreno, que una vez había estado triste y vacío, ahora era un lugar vibrante y lleno de vida. Don Elías se convirtió en su dueño y juntos disfrutaron de la abundancia que el suelo podía ofrecer. Sin embargo, la vida del anciano no duró para siempre; luego de algunos años, falleció. El terreno, una vez más, se quedó abandonado. La tristeza lo envolvió de nuevo y comenzó a observar cómo los otros terrenos continuaban siendo cultivados por sus dueños. Con el tiempo, las flores se marchitaron y los cultivos se secaron.

El terreno, desolado, se resignó a su soledad. Se volvió a convertir en un lugar sombrío y triste, lleno de recuerdos del pasado. Sin embargo, no todo estaba perdido. Un día, un niño llamado Samuel, que vivía en un pueblo cercano, decidió aventurarse a explorar el bosque. Mientras caminaba, se encontró con el terreno abandonado. Al verlo tan triste, sintió que algo en su interior se encendía.

Samuel había crecido escuchando historias sobre el valor de la naturaleza y cómo cada pedacito de tierra tiene un propósito. Tenía una conexión especial con el campo, ya que su abuela le había enseñado a cuidar las plantas y a valorar los frutos de la tierra. Con determinación, se acercó al terreno. Observó cómo las malas hierbas habían crecido por todas partes, cubriendo su belleza bajo ellas. Sin dudarlo, comenzó a quitar las hierbas, a desmalezar el lugar y a nutrir la tierra con su amor.

Con cada pequeño esfuerzo, el terreno sonrió de nuevo. Samuel plantó frijol, maíz y una variedad de flores que llenaron el lugar de colores vibrantes. Los animales, atraídos por el aroma de la tierra fértil, comenzaron a regresar. Conejos, aves y mariposas hicieron del terreno su hogar. El sonido de la vida volvió a resonar en el lugar y la tristeza se desvaneció, pues fue reemplazada por la alegría y la felicidad.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Samuel visitaba el terreno todos los días después de la escuela, llevando consigo nuevas semillas y cuidando de cada planta que crecía. Con cada nueva cosecha, Samuel invitaba a sus amigos del pueblo a unirse a él. Juntos, organizaban días de siembra y recolección. Aprendieron sobre la importancia de cuidar la tierra y cómo, trabajando unidos, podían transformar un lugar olvidado en un espacio lleno de vida.

Los niños compartieron risas, historias y sueños mientras sembraban. El terreno, que alguna vez había estado triste y vacío, ahora estaba lleno de niños felices jugando y aprendiendo sobre la naturaleza. Samuel les contó a sus amigos sobre don Elías y cómo había trabajado arduamente para cuidar la tierra. Todos los niños decidieron honrar su memoria cuidando del terreno y haciendo de este su lugar especial.

Con el paso del tiempo, el jardín se convirtió en un símbolo de comunidad y esperanza. Las flores que antes eran escasas ahora florecían en abundancia y los cultivos crecían saludables y fuertes. La comunidad se unió en torno al jardín y los habitantes del pueblo comenzaron a participar en actividades de siembra y recolección, celebrando el trabajo conjunto y la amistad.

Un día, mientras jardineaban, los niños decidieron organizar un festival para celebrar la vida y la naturaleza. Prepararon pancartas, decoraron el lugar con flores y organizaron juegos para todos. Invitaron a todos los habitantes del pueblo y el evento fue

un gran éxito. La risa y la música resonaban por todo el terreno y la felicidad llenó el aire. Fue un día inolvidable en el cual todos se unieron para celebrar lo que habían creado juntos.

La noticia del jardín y del festival se extendió más allá del pueblo. Personas de comunidades vecinas comenzaron a visitar, admirando el trabajo que los niños habían realizado. Samuel, convertido en un joven apasionado por la naturaleza, se dedicó a enseñar a otros sobre el cuidado de la tierra y la importancia de proteger nuestro entorno.

La comunidad comenzó a tomar conciencia sobre el valor de la agricultura sostenible y cómo podían proteger la naturaleza. A través de talleres y actividades, los habitantes aprendieron sobre el compostaje, la rotación de cultivos y cómo fomentar la biodiversidad en sus propios jardines. El terreno abandonado, que alguna vez había estado olvidado, se había transformado en un modelo de lo que se podía lograr con amor y dedicación.

A medida que pasaron los años, Samuel creció y se convirtió en un joven agricultor. No solo se ocupaba del jardín, sino que también soñaba con expandir sus esfuerzos para ayudar a otros terrenos abandonados en la región. Convenció a sus amigos de formar un grupo llamado «Los guardianes de la Tierra». Juntos, comenzaron a buscar terrenos olvidados y a trabajar en su restauración, para llevar esperanza y vida donde antes solo había desolación.

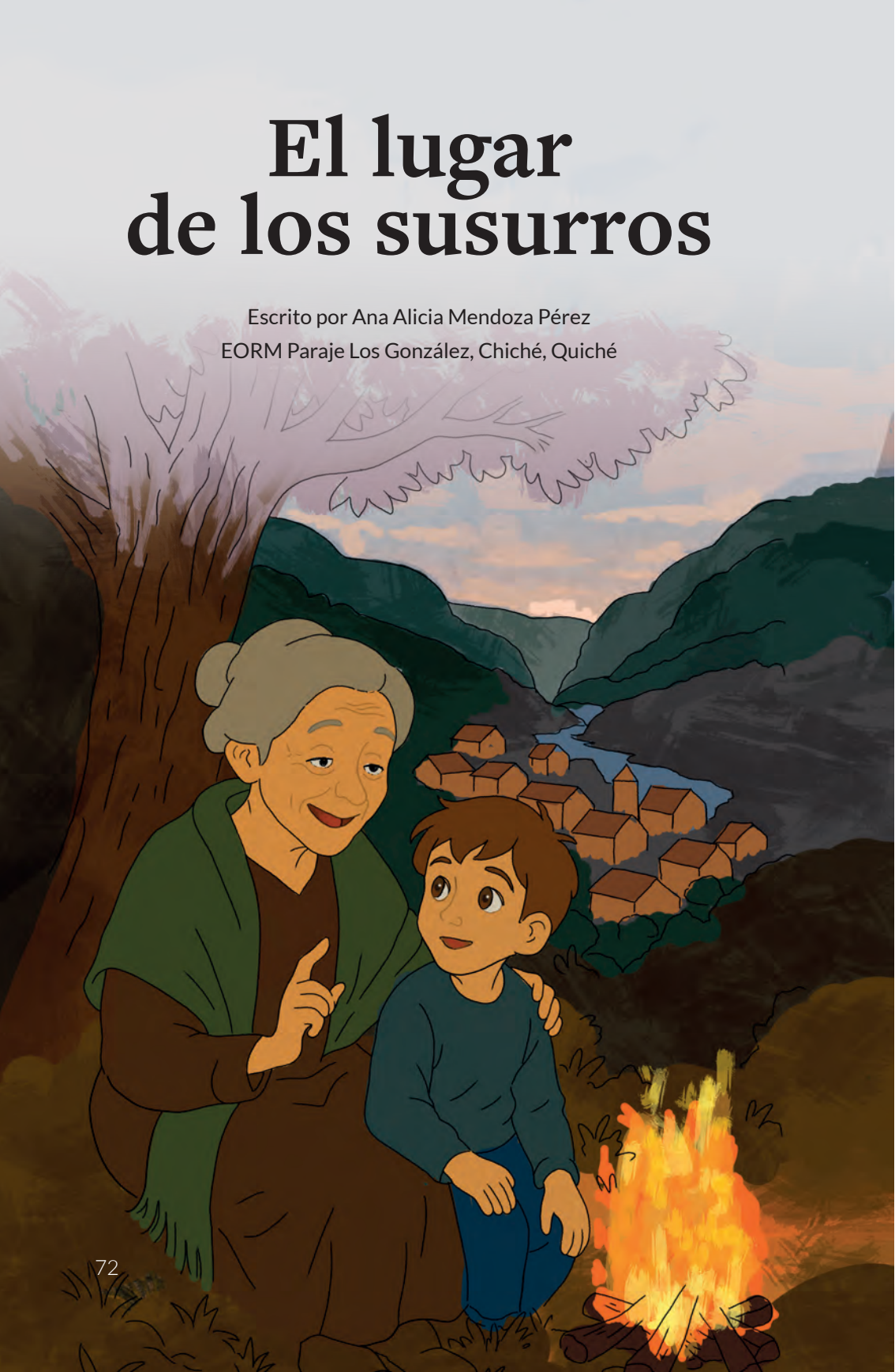
Con el tiempo, Samuel se transformó en un líder en su comunidad. Su amor por la naturaleza y su pasión por el cultivo inspiraron a muchos. La historia del terreno abandonado se convirtió en una leyenda que se contaba en el pueblo. Los habitantes recordaban cómo un niño decidió hacer la diferencia y, junto con sus amigos, transformaron no solo un terreno, sino también el espíritu de su comunidad.

La conexión entre las personas y la tierra creció más fuerte y el legado de don Elías vivió en cada cultivo que crecía. El terreno que alguna vez estuvo abandonado no solo se convirtió en un lugar de abundancia, sino también en un símbolo de esperanza, comunidad y el poder que todos tenemos para hacer del mundo un lugar mejor. «Los guardianes de la Tierra» continuaron su misión, recordando siempre que, aunque un terreno puede estar abandonado, con amor, cuidado y comunidad, siempre puede renacer, convirtiéndose en un hogar lleno de vida, sueños y esperanzas compartidas.



El lugar de los susurros

Escrito por Ana Alicia Mendoza Pérez
EORM Paraje Los González, Chiché, Quiché



En un lugar muy lejano había un pueblo llamado La Estancia, una aldea escondida entre árboles y ríos rodeada por un inmenso y profundo zanjón al que los habitantes llamaban «El barranco de los susurros». Todos tenían mucho miedo a ese lugar, pues decían que quien se adentrara en él durante horas de la noche, escucharía unas voces misteriosas que podrían llevarlo hacia la locura. Sin embargo, también existía otra leyenda que contaba que el bosque guardaba secretos de un antiguo tesoro y si alguien lo encontraba, le otorgaría riqueza y poder inimaginables.

Felipe, un joven del pueblo, siempre había sentido mucha atracción por ese lugar. De niño, mientras otros niños jugaban cerca del río o en las llanuras, él se quedaba observando los árboles al borde del barranco, preguntándose qué había más allá. Su abuela, una mujer anciana y sabia, siempre le contaba historias sobre cómo los árboles susurraban los secretos del pasado, presente y futuro; le advertía que no eran voces malignas, solo guardianes del bosque que protegían su misterio. También le contó que había personajes que a altas horas de la noche y la madrugada paseaban por ese lugar.

Una noche, mientras Felipe caminaba por la orilla del barranco, se encontró con una mujer muy bonita, de aspecto agradable. Ella le insinuó que podía acompañarlo en su camino y él aceptó la propuesta. Emprendieron el viaje y, cuando con su linterna de baterías pudo alumbrar la vereda, Felipe bajó la mirada al suelo y sintió un escalofrío en todo el cuerpo. La mujer que lo acompañaba se desplazaba sin que sus pies tocaran el suelo.

—¡Esto no puede ser! Me estoy volviendo loco —pensó. Se percató de que no era una mujer real.

Recordó lo que su abuela contaba en la casa sobre una mujer que había perdido a sus hijos y que lloraba todas las noches por ellos. La mejor salida que encontró fue atravesar el río con ella, pues su abuela mencionó que, al momento de tocar el agua, esta mujer seguiría su camino y desaparecería; así que lo puso en práctica.



Caminó con ella y, al llegar al río, la mujer le dijo que no tocara el agua, ya que ella lo ayudaría a pasar por otro lado, pero Felipe no le obedeció y metió sus pies y se lavó la cara. Un grito ensordecedor salió de ella y en ese instante, desapareció del lugar con un lamento profundo que se disipó entre los árboles. Al ver eso, Felipe sintió mucho miedo, a tal punto que creyó por un instante que perdería la cordura. Como pudo, apresuró sus pasos para llegar a su casa, pues necesitaba contarle lo vivido a su abuela.

En ese tiempo, por ese rumbo no transitaban vehículos de transporte terrestre, por lo que todos los días Felipe tenía que atravesar el barranco. Para la noche siguiente, tenía que pasar de nuevo por el mismo lugar, pero ahora ya sabía la estrategia para ahuyentar a esa mujer.

Luego de varios días, Felipe le contó a sus amigos Marco y Fernando lo que había pasado, entonces decidieron acompañarlo, pues creyeron que todo era un invento de él. Los tres partieron al amanecer, con la niebla cubriendo el camino y, a medida que se adentraban en el barranco, los árboles se hacían más densos y

el sonido de los pájaros y animales salvajes parecía desaparecer. Todo se encontraba con un inquietante silencio, salvo por los tenues susurros que Felipe empezaba a escuchar. Al principio, eran apenas murmullos, como el viento entre las hojas, pero con cada paso que daban, las voces se volvían más claras.

—Escucha —decían las voces—, ven hacia nosotros.

Felipe miraba a su alrededor, pero ni Marcos ni Fernando parecían oír nada. Era como si las voces estuvieran dirigidas solo a él. Se preguntaba si aquello era lo que su abuela había descrito y si los árboles realmente le hablaban.

Luego de varias horas de caminata, llegaron a un claro en el corazón del bosque. En el centro encontraron un enorme roble, mucho más grande y antiguo que cualquier otro árbol en los alrededores. Las voces eran más fuertes ahora, como un coro que susurraba secretos antiguos y poderosos. De pronto, vieron un lugar en donde parecía que estaba guardado un tesoro y empezaron a escarbar con palas, pero solo encontraron un mapa que les indicaba hacia donde debían ir.



Siguieron las indicaciones y al llegar al lugar, comenzaron a cavar un agujero. De pronto, las palas chocaron con algo sólido. Los tres se miraron con emoción. Se habían topado con una caja de metal oxidada muy antigua. Marcos y Fernando la sacaron del suelo y, con esfuerzo, abrieron el candado que la cerraba. En su interior encontraron joyas, monedas de oro y pergaminos con símbolos extraños.

Mientras Marcos y Fernando celebraban, Felipe sintió un fuerte tirón en su interior. Los susurros ahora eran gritos en su mente.

—¡No toques nada! —le decían—, esto no es un tesoro. Esto es tu perdición.

Entonces, Felipe retrocedió y vio al roble con nuevos ojos. El roble le advertía que algo muy malo pasaría. En ese momento, entendió que el verdadero tesoro no estaba en la caja, sino en poder escuchar lo que la naturaleza por siglos protegía.

Así que les dijo a sus compañeros que no tocaran nada de lo que había en esa caja oxidada, pero sus amigos lo desobedecieron y justo cuando sacaron las joyas, estas se convirtieron en lodo y un lamento profundo se escuchó al fondo. Era aquella mujer que Felipe había encontrado esa noche que, sin topar el suelo, se acercaba más y más rápido hacia ellos, pues deseaba llevarse a Marcos y a Fernando consigo; lloraba desconsolada y buscaba en cualquiera el alma de sus hijos perdidos.



Felipe, al verla, reaccionó y salieron todos corriendo de ese lugar rumbo al río y, al tocar el agua, ahuyentaron a la mujer. Los susurros cesaron, los lamentos desaparecieron, la niebla se disipó. Empapados y muy asustados, los tres jóvenes regresaron a su casa.

—Ahora te creemos —le dijeron a Felipe. Nunca más volveremos a buscar esa caja que solo es una trampa de esa mujer que camina por las noches y madrugadas lamentando la pérdida de sus hijos.

Desde entonces, Felipe, Marcos y Fernando no hablaron más del tema; saben que los árboles guardan muchos más secretos de los que ni siquiera se pueden imaginar y cada vez que pueden, procuran no pasar cerca de ese lugar siniestro a tan altas horas de la noche.



El Valle de los Sueños

Escrito por Azucena Tomás Damián
EORM cantón La Lagunita Chipaj, Uspantán, Quiché



En un rincón apartado del mundo, existía un lugar mágico conocido como el «Valle de los Sueños». Era un paraíso de naturaleza deslumbrante, donde los árboles se mecían suavemente al compás del viento y las flores tenían colores vibrantes. Los pájaros al cantar melodías armoniosas creaban un ambiente de paz y felicidad. Todo parecía perfecto en ese rincón del mundo, donde los animales vivían en completa armonía.

Cada mañana, el sol se alzaba en el horizonte y pintaba el cielo con tonos dorados y rosados. En el centro del valle, un hermoso lago reflejaba la luz solar, creando destellos de colores en sus aguas cristalinas. Alrededor del lago, una variedad de criaturas disfrutaba de la belleza del entorno. Conejos juguetones saltaban entre las flores, mientras ardillas traviesas corrían de un árbol a otro, recolectando nueces. Los ciervos, majestuosos y elegantes, paseaban cerca del agua, bebiendo de su frescura.

Pero lo más especial del Valle de los Sueños eran sus habitantes. Los animales tenían una conexión única entre ellos y con la naturaleza. Se ayudaban mutuamente y compartían sus alegrías y tristezas. Era un mundo donde el amor y la amistad reinaban y donde cada día traía una nueva aventura.

Un día, mientras los animales se reunían cerca del lago, notaron que un nuevo visitante había llegado al valle. Era un niño llamado Lucas, de ojos brillantes y risa contagiosa. Lucas era curioso y soñaba con explorar el mundo. Había caminado mucho y atravesado un bosque encantado antes de llegar. Los animales, al principio un poco tímidos, se acercaron lentamente, intrigados por su presencia.

—Hola, pequeño —dijo un conejo llamado Rayo, de suave pelaje blanco como la nieve. —¿De dónde vienes?

—¡Hola! —respondió Lucas, emocionado—. Vengo de una ciudad llena de ruido y edificios altos. Vine en busca de aventuras.

A partir de ese día, Lucas formó parte del Valle de los Sueños. Cada mañana corría hacia el lago, donde sus nuevos amigos lo esperaban ansiosos. Aprendió a comunicarse con los animales y ellos, a su vez, le enseñaron sobre la magia de la naturaleza.

Pasaban horas jugando a las escondidas entre los árboles, saltando de piedra en piedra en el arroyo y contando historias alrededor de la fogata bajo las estrellas. Lucas se sentía como en casa y los animales lo aceptaron como uno de los suyos. Sin embargo, había algo en su corazón que lo inquietaba. Recordaba su ciudad, donde la gente apenas tenía tiempo para sonreír. Aunque amaba el valle y a sus amigos, sentía que había un mundo más allá que también quería explorar.

Una noche, mientras miraba las estrellas desde la colina más alta, Lucas tomó una decisión.

—Quiero llevar a todos mis amigos a mi ciudad —les dijo a los animales—. Quiero que vean cómo es el mundo fuera de este valle.

Los animales se miraron entre sí, un poco nerviosos, pero la idea de una aventura los entusiasmaba.

—¡Sí, sí! —gritó Rayo, dando saltitos de alegría—. ¡Vamos a conocer el mundo de Lucas!

Juntos comenzaron a planear su viaje. Eligieron a Rayo, a Luna —el ave— y a un pequeño zorro llamado Nube para acompañar a Lucas. Así, el grupo se preparó para la gran aventura.

El día de la partida llegó; Lucas y sus amigos se despidieron del Valle de los Sueños, prometiendo regresar pronto. Con Rayo en brazos, Luna volando a su lado y Nube siguiéndolos, se dirigieron hacia la ciudad. A medida que se acercaban, el paisaje cambiaba de verdes y flores a concreto y ruido. Las luces brillantes y los sonidos urbanos sorprendieron a los animales.

Al llegar, se dieron cuenta de que la ciudad era muy diferente al valle. La gente caminaba apresurada y el aire estaba lleno de olores extraños. A pesar de la confusión, Lucas estaba decidido a mostrarles lo mejor de su hogar.

Primero, los llevó a un parque, donde los animales pudieron correr y jugar. Los niños del lugar quedaron fascinados al ver a Rayo y a Nube saltar y correr, mientras Luna volaba alto en el cielo. Lucas sonrió al ver cómo sus amigos hacían sonreír a otros niños y

comprendió que también había belleza en la ciudad, aunque fuera distinta al Valle.

Mientras tanto, notó que muchos niños parecían estar solos. Se sentó en un banco y reflexionó.

—¿Por qué hay tantos niños sin amigos? —preguntó, mirando a Luna.

—A veces, las personas se olvidan de lo que es disfrutar la vida —respondió Luna—. El ritmo de la ciudad puede ser abrumador, pero tú puedes ayudar a cambiar eso.

Lucas sintió que el corazón le latía con fuerza. Entonces, decidió hacer algo por esos niños. Mientras exploraban, vieron también el lado oscuro de la ciudad: personas tristes y solas, atrapadas en su rutina. A Lucas le dolió ver que su hogar no era el lugar perfecto que recordaba; extrañaba la paz del Valle de los Sueños.



Un día, mientras caminaban por las calles, decidieron hacer algo al respecto. Propusieron organizar un evento en el parque para mostrar a la gente la alegría del valle.

—¡Vamos a hacer un festival! —exclamó Rayo—. Podemos invitar a todos los niños a jugar y disfrutar de la naturaleza.

—Sí —añadió Nube—. Mostremos cómo se vive en el Valle de los Sueños. Pueden aprender a reír y disfrutar de los pequeños momentos.

El día del festival llegó y el parque se llenó de risas y alegría. Niños de todas partes acudieron a ver lo que habían preparado. La diversión se desbordó y todos comenzaron a bailar, reír y disfrutar juntos. Lucas se sintió feliz al ver cómo su idea había unido a tantas personas.



Al final del día, Lucas y sus amigos se sentaron alrededor de una fogata. Estaban cansados, pero felices. Habían compartido su magia y, a cambio, aprendieron a valorar la vida en la ciudad.

—¿Volveremos al Valle? —preguntó Nube.

—Sí —respondió Lucas—, pero no olvidaremos lo que aprendimos aquí. Podemos llevar un poco de la magia del Valle a la ciudad.

Acordaron regresar al Valle de los Sueños, pero a partir de ese momento, seguirían viajando entre los dos mundos, llevando con ellos alegría y amistad. Al llegar al Valle, Lucas sintió alivio. El aire fresco y el canto de los pájaros lo envolvieron. Los animales del lugar los recibieron con entusiasmo y Lucas les contó sobre su viaje y el festival.

Mientras el Sol se ponía, el cielo se tiñó de tonos anaranjados y morados. Lucas y sus amigos se unieron a los visitantes de la ciudad en una fogata. Cantaron canciones y compartieron historias.

Prometieron seguir creando momentos como ese. El festival fue un éxito y se convirtió en una tradición en el Valle de los Sueños. Cada año, más personas de la ciudad venían a disfrutar de la magia de la naturaleza y la amistad entre los animales y los niños.

Con el tiempo, Lucas comprendió que no solo había llevado magia a la ciudad, sino que también había traído un poco de la ciudad al Valle. La conexión entre ambos mundos se fortaleció y los habitantes del Valle aprendieron a valorar lo que había más allá de sus fronteras.

Así, la historia de Lucas y sus amigos se convirtió en una leyenda recordada por generaciones tanto en el Valle de los Sueños como en la ciudad. A través de su conexión crearon un mundo donde la magia y la amistad florecerían; un lugar donde los sueños se harían realidad y la esperanza siempre iluminaría el camino hacia nuevas aventuras.

El pastoreo

Escrito por Avelino Yaxón Bocel
EORM caserío La Fe, aldea Pujujil II, Sololá, Sololá



En alguna región de nuestra patria, emerge un lindo poblado, al pie de un gran cerro cubierto de verde y espesa vegetación. La vida silvestre de aquella región era muy alegre: las aves brindaban un gran concierto con sus trinos por el bosque y no faltaban los conejos, las ardillas y un sinfín de animales salvajes que también vivían por allí. Al fondo del poblado pasaba un pequeño riachuelo, en el que felizmente nadaban los peces… ¡Ah! Y no faltaban los cangrejos. En la orilla del riachuelo crecían unos árboles frondosos que mecían sus ramas al paso de un leve viento. La ladera de aquel cerro parecía un tapete verde, pues estaba cubierta de hermosos pastizales. En ese lugar vivía mi abuelo Quincho con su familia.

Mi abuelo era una persona emprendedora, por eso tenía un gran rebaño de ovejas y cabras. No recuerdo cuántos animalitos tenía, pero sí puedo decir que eran bastantes.

De vez en cuando, iba de visita a la casa de mis abuelos y les llevaba algunas cositas que mi mamá preparaba. Yo, muy contento con el encargo, caminaba por el sendero que conducía cerca de su casa. En aquellos tiempos no había carretera, tampoco energía eléctrica. No teníamos comodidades ni entretenimiento, pero éramos felices. Mi familia y yo vivíamos en otro paraje, a una distancia considerable, tal vez a media hora de camino. Esa era la razón por la que no los visitaba constantemente.

Al llegar a la casa de los abuelos, entregaba a mi abuela lo que mamá había preparado, saludaba al abuelo, a mis tías y luego me juntaba con mi tío Lico para jugar un buen rato, pues teníamos casi la misma edad.

Ah, pero mi tío tenía un gran trabajo en casa del abuelo: él era el encargado de pastorear el rebaño. Sacaba las ovejas después de regresar de la escuela que funcionaba en el poblado. Cuando yo estaba de visita, me invitaba a pastorear el rebaño por las laderas. La verdad, me encantaba cuidar a los animales. Además, el abuelo nos había hecho unos látigos de maguey que nosotros lanzábamos al aire haciéndolos sonar como cohetillos. Con esos latigazos dirigíamos al rebaño por el camino correcto.

A mí me fascinaba correr detrás de las ovejas y las cabras, gritando: «¡Opa, opa, opa!». Mi tío iba adelante y yo detrás del rebaño. En varias ocasiones salí con él a pastorear por las laderas de aquel cerro. Para mí, todo era diversión. Gritábamos «¡opa, opa, opa!», porque ese era el lenguaje que se usaba en el momento del pastoreo. Algunas ovejas llevaban campanitas colgadas del cuello y se oía «tilín, tilán, tilín, tilán» cuando caminaban. Gracias a ese sonido, sabíamos por dónde iba el rebaño, sobre todo, cuando alguna oveja se desviaba del camino.

También llevábamos a los tres perros del abuelo: Canelo, Pinto y Perlita. Estaban bien entrenados para cuidar y guiar al rebaño. Ellos defendían a los animales ante cualquier peligro que surgiera en el bosque porque cerca merodeaban coyotes y otros animales salvajes. Perlita era la guía. A pesar de ser pequeña, era muy valiente y encabezaba el peregrinar del rebaño. Canelo y Pinto iban por la retaguardia y nosotros en medio, siempre atentos y separados por si surgía algún peligro.

Antes de sacar el rebaño del corral, mi tío les colocaba un bozal a algunas ovejas y cabras, porque si no lo hacía, causaban destrozos por el camino. Él sabía cuáles eran las más traviesas, las que se salían del sendero o se metían a los sembradíos de milpa de los vecinos. Por eso les ponía el bozal, para que no se quedaran comiendo pasto en las orillas ni hicieran daños.

Eso sí, quien encabezaba la caravana era siempre Perlita, valiente y decidida. Mi tío y yo cuidábamos especialmente a las ovejitas pequeñas para que no se golpearan ni se extraviaran durante el trayecto.

Un sábado, temprano por la mañana, estaba yo de visita en la casa de mis abuelos. Pero esa vez pasó algo diferente. Mi tío Lico se había ido temprano a pastorear con la mitad del rebaño y el abuelo se preparaba para salir con la otra mitad. Como yo estaba ahí, le pedí al abuelo que me permitiera acompañarlo y él aceptó con mucho gusto.

Todo parecía normal, pero antes de salir, vi que el abuelo buscó unos trapos, una toalla y los metió en su viejo morral, el que siempre colgaba en su cuello. No pregunté para qué servían, solo empezamos a caminar hacia la zona de pastoreo.

Al llegar, vimos que mi tío Lico estaba muy asustado, casi al borde del llanto. El abuelo le preguntó:

—¿Por qué estás asustado?

Mi tío respondió, entrecortado:

—Es que una de las ovejas no deja de quejarse y no supe qué hacer con ella. Estaba solo en el bosque y me desesperé…

El abuelo, con su gran experiencia y una sonrisa dibujada en los labios, le dijo:

—No te aflijas, Lico, no es nada grave. Se me olvidó avisarte que no debías llevarte a esa oveja. Está a punto de parir, ¿no lo has notado? Cuando las ovejas van a parir, siempre se quedan en casa. Ya verás que todo va a estar bien.

Y así fue. El abuelo le dio unas palmadas en la espalda a mi tío para consolarlo y luego se acercó a revisar a la oveja. Todo estaba en orden. La llevó a una pequeña cabaña que él había construido cerca del lugar. Pasaron unos minutos cuando de pronto se escuchó el bramido de una ovejita recién nacida. Corrimos a ver.

El abuelo tenía en brazos a una ovejita con manchitas negras, envuelta en la toalla que había traído. Entonces, entendí para qué eran los trapos.



Mi tío y yo nos alegramos mucho, decidimos ponerle nombre a la ovejita. La bautizamos como «La Escandalosa», por todo lo que hizo pasar a mi tío.

Al mediodía comimos alegremente; luego, el abuelo regresó a casa con la oveja madre y la cría, mientras nosotros continuamos cuidando al rebaño. Después del susto, nos pusimos a jugar. Buscamos unos bejucos fuertes, los amarramos a la rama de un viejo ciprés y armamos un columpio. Así nos divertíamos cuando salíamos a pastorear.

En época de lluvia llevábamos un plástico para protegernos del agua mientras íbamos a la montaña a buscar hongos que abundaban en la región. Los metíamos en la canasta donde guardábamos la comida. Por la tarde, los llevábamos a casa y mis tías los cocinaban o asaban.

También llevaba algunos para mi mamá porque le encantaban. Toda la familia los disfrutaba.

Mi niñez fue muy divertida. Algunas veces llevábamos nuestros cuadernos para hacer la tarea mientras el rebaño pastaba. Los perros también estaban atentos a cualquier situación. Antes de regresar a casa, mi tío y yo poníamos los bozales a las cabras y ovejas más traviesas. Los perros, con sus colas en forma de rosca, las movían alegremente y ladraban felices mientras bajábamos del cerro.

¡Ah, qué gratos y bellos recuerdos de aquel tiempo! Recuerdo la frescura de la montaña, el trinar de los pájaros, las ovejas pastando, el chiflido y el grito de mi tío llamando a los perros y el ladrido de estos, ya fuera por advertencia o por felicidad.

Con el tiempo, mis abuelos fallecieron y mis tías no pudieron continuar con la crianza de las ovejas y las cabras, así que poco a poco vendieron el rebaño. Hoy solo quedan unas pocas, pues nadie más pudo cuidarlas. La verdad es que criar ovejas y cabras requiere de mucho trabajo.

Mi tío Lico se fue a estudiar lejos y ahora es un gran veterinario. Yo también fui a la gran ciudad, donde me gradué y conseguí trabajo en una empresa. Cuando nos encontramos, siempre recordamos aquellas aventuras de nuestra infancia. Él me cuenta que quiere tener su propio rebaño, como el que tenía el abuelo. ¿Quién sabe cómo le irá en esa nueva aventura?

Yo, por mi parte, sigo trabajando en la ciudad, pero siempre añoro aquellos momentos felices que pasé con mi tío, pastoreando el rebaño del abuelo.

¡Ahora, solo me quedan estos gratos y bellos recuerdos de mi infancia que los disfruto cada vez que hablo de mis abuelos!



El eco de Peña Flor

Escrito por Elder Miguel Humberto Tum Paau
Instituto Nacional de Educación Básica, Uspantán, Quiché



Elder había crecido en las montañas de Chicamán, un lugar rodeado de naturaleza salvaje, ríos cristalinos y valles profundos. Desde pequeño le encantaba correr por los senderos y perderse entre los bosques cercanos, donde los árboles susurraban antiguas historias al viento. Su vida en el pueblo era tranquila, aunque había algo que siempre le había inquietado: los misterios y relatos que rondaban sobre el pueblo vecino de Uspantán. A los diez años esa curiosidad se convirtió en un miedo profundo cuando sus abuelos le contaron una historia que lo cambiaría para siempre.

Una tarde de verano, Elder estaba en casa de sus abuelos sentado cerca del fogón, mientras su abuela molía maíz para hacer tortillas. Su abuelo, un hombre de manos callosas y mirada sabia, se sentó a su lado, mirando fijamente al fuego. Después de unos minutos de silencio, comenzó a hablar con un tono grave, diferente al habitual.

—Escucha, muchacho —le dijo—. Es tiempo de que sepas algo. En la montaña cercana a Uspantán, en 1989, muchas personas murieron. Fue culpa de los políticos, esa gente que juega con las vidas de los demás. Todo empezó como una disputa, pero terminó en tragedia. Los cuerpos de quienes murieron fueron arrojados en la barranca de Peña Flor. Desde entonces, ese lugar no ha conocido la paz.

Elder sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Sabía que la barranca de Peña Flor era un sitio al que nadie quería acercarse, pero nunca había entendido por qué. Su abuelo continuó, ahora en voz baja, como si no quisiera que alguien más escuchara.

—Dicen que los espíritus de los que murieron allí no han encontrado descanso. En las noches se escuchan sus lamentos. Quienes se han atrevido a pasar cerca de Peña Flor han visto cosas que no pueden explicar. Algunos, incluso, han sido espantados por sombras, figuras de personas que ya no deberían estar aquí, pero que siguen vagando, buscando justicia o simplemente una salida.

Esa noche, Elder apenas pudo dormir. La imagen de los espíritus en la barranca lo perseguía en sueños y, cada vez que cerraba los ojos, le parecía oír susurros lejanos, como si los ecos de Peña Flor llegaran hasta Chicamán. Desde entonces, empezó a notar detalles que antes no veía. Cuando caminaba por el pueblo o subía a las colinas, se daba cuenta de que la gente evitaba mencionar la barranca, como si pronunciar su nombre pudiera atraer la desgracia. Los mayores murmuraban entre ellos y los jóvenes contaban historias para asustarse mutuamente.

Con los años, Elder intentó apartar esos pensamientos de su mente, aunque siempre los llevaba consigo, como una sombra que nunca desaparece del todo. La vida lo llevó por otros caminos, pero cada vez que regresaba a Chicamán, la historia resurgía, recordándole el peso de lo ocurrido en Uspantán.

Cuando tenía quince años, Elder decidió enfrentar su miedo. Las historias seguían vivas y ahora se hablaba de nuevas apariciones: luces titilantes en la barranca durante la noche, perros que aullaban sin razón aparente y voces que parecían salir del viento. Los ancianos decían que los espíritus seguían clamando justicia. Pero ¿justicia de quién? Elder sabía que lo sucedido en 1989 había sido consecuencia de las decisiones de hombres poderosos, de políticos que dejaron una herida profunda en esas tierras.

Una tarde nublada, Elder emprendió el camino hacia la barranca de Peña Flor. Había escuchado tantas historias que sus amigos y familiares intentaron disuadirlo, pero él estaba decidido. Necesitaba ver con sus propios ojos el lugar donde tantas vidas se habían perdido y quizás, de alguna forma, encontrar respuestas.

El camino era difícil. La vegetación se volvía más densa a medida que se acercaba a la montaña y el aire parecía más pesado. Con cada paso sentía una extraña presión en el pecho, como si la naturaleza misma le advirtiera que no continuara. Finalmente, llegó a la cima de una colina desde donde podía ver la barranca. Era un lugar oscuro, con paredes empinadas que parecían no tener fondo.

A lo lejos, el viento silbaba entre los árboles, pero no había señales de vida, no se veían pájaros, insectos ni otros animales.

De pie en la orilla, Elder sintió una mezcla de miedo y respeto. Imaginó los cuerpos arrojados allí décadas atrás, las vidas truncadas en ese abismo. Cerró los ojos y escuchó. Al principio, solo el viento. Luego, como un susurro lejano, comenzó a oír voces suaves, casi imperceptibles, pero reales. Como si algo o alguien intentara comunicarse.

El corazón de Elder latía con fuerza. Abrió los ojos esperando ver algo… Y entonces ¡lo vio! No era una figura definida, más bien una sombra que se movía entre las rocas. No tenía forma clara, pero sus movimientos eran lentos, como si estuviera atrapada en un lugar del que no podía escapar. Elder sintió un escalofrío. Recordó las palabras de su abuelo: «Los espíritus no han encontrado descanso».



No supo cuánto tiempo permaneció allí. Todo parecía haberse detenido, como si el tiempo y el espacio se disolvieran. Finalmente, cuando el Sol comenzó a ponerse y la oscuridad envolvió la montaña, decidió regresar. No sabía si había encontrado respuestas, pero algo dentro de él había cambiado. Sabía que los relatos no eran solo cuentos para asustar niños, había algo real, algo que exigía ser escuchado.

De regreso en Chicamán, Elder compartió esa experiencia con su familia. Sus abuelos lo escucharon en silencio. Su abuelo, después de un largo rato, asintió lentamente.

—Es como te dije —murmuró—. Esos espíritus están buscando algo. Tal vez, algún día, encuentren la paz que les fue arrebatada.

Desde ese día, Elder nunca volvió a ver la barranca de Peña Flor de la misma manera. Cada vez que pasaba cerca, sentía una conexión profunda con las almas que todavía vagaban allí. Y en su corazón sabía que algún día, de alguna forma, debían encontrar el descanso que tanto merecían.

Los años pasaron, pero las historias sobre Peña Flor no desaparecieron. Elder se convirtió en uno de los guardianes de esa memoria, recordando a las nuevas generaciones lo que había ocurrido, para que no se olvidara el sufrimiento de quienes fueron víctimas de la violencia y la injusticia. Porque en las montañas de Chicamán y de Uspantán, las heridas del pasado seguían abiertas y los espíritus de Peña Flor continuaban esperando el día en que, finalmente, pudieran descansar en paz.



Enamorada del Sombrerón

Escrito por Marta María Batz Socop
Coordinación Distrital de Educación N.º 08-05-11
Pologuá, Momostenango, Totonicapán



La noche del 2 de octubre me encontraba leyendo la estrofa: «No es que las piedras sean mudas; solo guardan silencio». Interiorizaba el gran significado de ese verso del poeta Humberto Ak'abal, orgullo de mi bello Momostenango, municipio de Totonicapán, en la verde Guatemala. De pronto, las hojas del libro se movieron solas, como si alguien invisible las pasara. Sentí una presencia, miré a mi alrededor, pero no había nadie. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y el miedo me envolvió. Busqué con la mirada, pero todo estaba vacío.

La noche siguiente, alrededor de las siete, me senté frente a mi casa. Observaba cómo las personas pasaban, algunas con sus canastas de pan, parejas tomadas de la mano, niños jugando canicas bajo el alumbrado público, otros con trompos o yoyos. Todos se veían felices.

De pronto, distinguí a un joven escondido detrás de un árbol. Cada vez que levantaba la mirada, él se ocultaba. Quise ver su rostro, pero la penumbra de la noche solo me dejaba ver su sombra.

Entré a casa e intenté olvidar lo ocurrido. Sin embargo, esa misma noche soñé con un joven que me decía que llevaba meses observándome y que deseaba acompañarme para siempre. Me enamoré de sus ojos, de su amabilidad y de su esencia. Me confesó que también amaba la literatura y que su poemario favorito era *Veinte poemas de amor y una canción desesperada,* de Pablo Neruda. Mientras mi corazón latía con fuerza, le pregunté su nombre y de dónde era. Estaba por responderme cuando desperté; eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Sentí que el sueño había sido tan real, tan vívido, que me dejó sin aliento.

La mañana del 4 de octubre, mientras iba al trabajo, la emisora del carro cambió de frecuencia sin razón aparente y comenzó a transmitir el *Poema 20* de Neruda. Recordé el sueño y las palabras de mi abuela Marta: «Si sueñas después de las cuatro de la mañana, ese sueño se cumple». Deseé que fuera verdad.

Mientras escuchaba el verso «Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido», me quedé atrapada en el tráfico. Entonces lo vi por el retrovisor, ahí estaba; era un joven sobre una motocicleta roja, con un sombrero que le cubría el rostro. Minutos después, me di cuenta de que me seguía. Decidí detenerme, pero al hacerlo, la motocicleta desapareció.

Al salir del trabajo, sentí de nuevo que alguien me seguía. Busqué por el retrovisor y volví a ver a un joven que usaba sombrero en lugar de casco. ¿Era una coincidencia? No podía ver su rostro claramente. Al llegar a casa, encontré sobre mi almohada una rosa roja. Su aroma había llenado toda la habitación. No sabía si sentirme amada, feliz o asustada. Pasaron los días y no supe nada de él. Me preguntaba: ¿quién es?, ¿dónde está?, ¿por qué vive solo en mis sueños?

La respuesta la obtuve en otro sueño. Esta vez, alguien me entregaba una carta con el poema *Tenemos algo que decir,* del poeta beliceño Kyraan Gabourel. A la mañana siguiente, busqué ese texto y quedé impresionada por su profundidad. Entonces comprendí que el joven del sombrero que aparecía en mis sueños era amante de la literatura.

Un día me sentí muy triste porque no lo conocía en persona; solo veía su sombra. No lograba descifrar por qué solo aparecía en mis sueños. Tenía mil preguntas sin explicación, una sensación extraña y un sentimiento profundo.

Solía pasar por la biblioteca después del trabajo. Lo hacía con la esperanza de encontrármelo por ahí, mientras leía a reconocidos poetas de Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y la República Dominicana. Me fascinaba sentir cómo la literatura de nuestra región se mezclaba con mi propia historia. Pero el joven del sombrero nunca estaba… Hasta que un día, mientras leía, escuché pasos.

Alguien se sentó en una mesa cercana. Era él, el joven del sombrero, estábamos solos en la biblioteca, no podía creer lo que estaba pasando. Sentí un frío recorrer toda mi piel, mi estómago

se encogía, mi corazón se aceleraba; tenía tanto que preguntarle, pero el miedo me paralizó.

Sin levantar la vista, escuché su voz decir: —Te espero a las nueve de la noche en el parque.

Se levantó y desapareció entre las gradas. Corrí para alcanzarlo, pero no lo logré.

Conté las horas hasta las nueve, quería verlo. El frío de la noche era intenso; las hojas se mecían al compás del viento. El reloj del parque marcó la hora con un eco que resonó en mi pecho, llegó el momento de nuestra primera cita. Me senté en la banqueta más bonita, con un abrigo negro y mi perfume favorito.

—Si no usas un gorro en noches como esta, te resfriarás —susurró una voz detrás de mí.

Me giré. Allí estaba él, recostado sobre un árbol. Vestía completamente de negro, usaba capa, guantes, pantalón oscuro y su inseparable sombrero. En sus manos sostenía un libro que, según dijo, había escrito él mismo.

—Niña, ¿cuántos libros has leído? —preguntó con voz suave.

—Varios —respondí nerviosa.

—Me gustan tus ojos, tu bondad…, la pureza de tu alma —me dijo.

Tomé sus manos. A través de los guantes traspasaba un frío extremo.

Le pregunté quién era, de dónde venía y cómo sabía tanto sobre mí.

Él sonrió apenas.

—Son muchas preguntas juntas —respondió.

Se sentó a mi lado y le tomé nuevamente las manos. A pesar de que usaba guantes, estas seguían gélidas y sus ojos reflejaban mucha tristeza.

Era de estatura media, nariz respingada y tez morena. Me dijo que, en algunas ocasiones, solía pasear con una guitarra porque también le gustaba la música, pero que desde que me escuchó leer poesía, se enamoró de mí. Me observaba por las noches sin poder hablarme, por eso se metía en mis sueños. Yo le pregunté que cómo era eso posible.

Me contó que, cuando estaba vivo, solía escribir poesía y música. «¿Cómo "cuando estaba vivo"?» Esa frase me dejó en pausa; pensé que tal vez había comprendido mal lo que había dicho y le pedí que lo repitiera.

—Sí —dijo con calma—. Cuando estaba vivo solía escribir.

Mi mente se negó a creerlo. Pensé que bromeaba, pero su rostro serio me hizo entender la verdad. Entonces comprendí por qué aparecía y desaparecía, por qué dejaba rosas sin explicación y por qué habitaba más que todo en mis sueños. También comprendí la tristeza de sus ojos, pues sabía que nunca íbamos a poder estar juntos.

Sentí un intenso calor y frío a la vez recorrer toda mi piel, quería pedir ayuda, así que vi para todos lados, pero no había nadie; quería correr y gritar porque estaba muy asustada, pero el sentimiento que creí reconocer y al que todos llamamos «amor» pudo más.

Intenté hablar, pero las lágrimas no solo me nublaron la vista, sino que entrecortaron mis palabras.

—¿Por qué te acercaste, si sabías que nunca podríamos estar juntos? —le reclamé.

Él me miró y dijo: —No es que las piedras sean mudas; solo guardan silencio.

Recordé aquel verso del primer día.

—El amor —continuó—, a veces no calla por falta de palabras, sino porque el destino no permite que dos almas se encuentren.

Lloré de impotencia por haber amado a alguien tan igual a mí, pero tan imposible.

Antes de desvanecerse, me dijo:

—Solo vine a despedirme y a darte las gracias por tus lecturas. El amor inspira poesía, música e historias… No le tengas miedo. Algún día encontrarás un alma viva que comparta tu luz.

Cuando intenté abrazarlo, ya no estaba.

Esa noche comprendí el contenido de los poemas e historias de todos los libros que había leído. Entendí que la literatura trasciende incluso la frontera entre la vida y la muerte. De aquellos días, solo queda el recuerdo de que estuve enamorada del Sombrerón; así lo llamé porque nunca supe su nombre.

Desde entonces, sigo leyendo varios géneros literarios, esperando volver a ver, aunque sea en sueños, a mi amado de sombrero grande.









GOBIERNO DE LA REPÚBLICA GUATEMALA
Ministerio de Educación
DIGEDUCA
Ministerio de Educación
Guatemala, C. A.